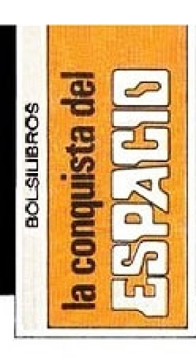


HUIDA A LAS ESTRELLAS

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

La acción se sitúa en los años del Imperio Galáctico, cuando éste todavía es sólido pero empieza a mostrar los primeros síntomas de decadencia. El emperador reinante, el enérgico Komur, gobierna el Imperio con mano de hierro, pero no ignora de que éste cuenta con un talón de Aquiles cuya desaparición podría provocar su colapso: un centro de comunicaciones, celosamente guardado, desde el cual se controla el complejo entramado que mantiene unidos y comunicados todos los mundos del orbe. Komur es plenamente consciente de que la desaparición de las comunicaciones instantáneas entre los planetas destruiría el delicado equilibrio existente en la galaxia, acarreando el hundimiento irremediable del Imperio; así pues obra en consecuencia, ordenando la construcción de un nuevo centro de comunicaciones mucho más invulnerable, mientras vigila celosamente el antiguo de cara a evitar un posible sabotaje. Pero…



A. Thorkent

Huida a las estrellas

Bolsilibros: El Orden Estelar - 3

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 495

ePub r1.2

xico_weno 05.09.15

Título original: *Huida a las estrellas*
A. Thorkent, 1980

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




La conquista del
ESPACIO

Capítulo primero

Paul Jordans se repitió que durante los últimos doce años había estado franqueando aquella entrada con toda naturalidad que la carencia de culpabilidad confiere a un hombre.

¿Por qué tenía que sentir temor alguno?

Tragó saliva y anduvo los pasos que le quedaban para llegar hasta la pantalla detectora. Sabía que al otro lado severos ojos le estaban escrutando a pesar de haberle reconocido.

Escuchó el chirrido usual. La luz amarilla se le encendió y anduvo un par de metros, hasta detenerse delante del oficial de servicio embutido en su negra armadura. Tenía el rostro oculto por el casco y la voz le sonó más seca que nunca, cuando escuchó:

—Saludos, señor Jordans. ¿Su instrumental de siempre? Pero hoy parece traer más que otros días…

Paul asintió. Se maldijo. ¿Es que no iba a ser capaz de mostrarse como siempre, como si nada importante ocurriese?

—Sí, teniente —dijo mostrando una sonrisa. Casi se sorprendió al escuchar su propia voz y no hallarla anormal—. Ah, anote que me tendré que quedar hasta tarde.

¿Sucede algo?

—Ligeras reparaciones, sin trascendencia.

El oficial le volvió la espalda y manipuló sobre un panel de teclas. Leyó la lectura de una pantalla y dijo a Paul:

—Efectivamente. El Vigilante ha informado que usted tendrá trabajo extra esta noche. Pase, señor Jordans.

Franqueó la entrada llena de soldados, con su aspecto amenazador a consecuencia de las imponentes armaduras negras y sus grandes fusiles de rayos láser.

Llevaba haciendo lo mismo cada mañana durante muchos años, pero aquel día era especial. Sin saberlo, el oficial le había proporcionado la contraseña que le indicaba que el plan debía

seguir adelante. El profesor Evans, conocido más como el Vigilante, había informado al oficial de servicio que algunos de sus colaboradores quedarían aquella noche en el supervigilado Centro, algunas horas después del cierre de éste, cuando sólo la brigada de mantenimiento quedase recluida en su estancia, a la expectativa de cualquier emergencia.

Con disimulo, Paul se palpó el bolsillo donde teóricamente debía llevar sus instrumentos personales. Eran los mismos que siempre llevaba, excepto una pieza extra. Durante semanas había estado introduciendo en el Centro pequeñas piezas que había estado guardando en su despacho, las cuales, mezcladas con los instrumentos, nunca despertaron el recelo del oficial. Pero hoy tenía que lograr meter en el edificio la pieza de mayor tamaño. Había corrido el riesgo y todo parecía salir según lo previsto.

Después de recorrer el largo pasillo alcanzó la cabina del ascensor. Aguardó unos segundos a que regresase de su largo recorrido de las profundidades. Mientras tanto, otros trabajadores del Centro se le unieron en la espera. Los fue mirando uno por uno. A varios los conocía, pero ninguno formaba parte de su grupo. Todos eran de inferior categoría a la suya.

Cuando llegó el ascensor y se colocó dentro de él, por encima de los hombros de los que le siguieron pudo ver cómo Nuria avanzaba por el corredor. Pero la cabina ya estaba llena y las puertas se cerraban. Nuria tendría que esperar el siguiente viaje.

Antes que las puertas terminasen de cerrarse, creyó ver cómo la muchacha le hacía un pequeño gesto con la mano. Paul supo que le quería dar ánimos y que todo marchaba bien.

Apretado en un rincón del ascensor, cercado por hombres vestidos con uniformes azules y gestos adustos, silenciosos, permaneció los doce minutos que tardaba en efectuar el recorrido. Ni un segundo más ni un segundo menos. Igual que siempre.

Con seco estampido la puerta del ascensor se abrió y los hombres salieron apresuradamente, desparramándose por los diversos corredores.

Paul aún tuvo que dejarse identificar dos veces más, antes de llegar a su puesto de trabajo. Entró en su cabina y cerró por dentro la puerta. Sólo al sentarse frente a la pequeña mesa soltó un suspiro de alivio, aligerándose de la tensión.

Elevó la mirada hasta el techo. Allí había un visor, desde el cual podían vigilarle. Pero lo conocía muy bien y sabía que no estaba funcionando. No se puede vigilar a todo el mundo a la vez que trabaja en el Centro. Eso lo sabía muy bien. Además, durante todos los años que había estado trabajando allí nunca había dado ningún motivo que pudiera levantar las sospechas de sus superiores. Gozaba de la total confianza.

Era lo que había intentado conseguir. Esbozó una sonrisa sardónica mientras extraía de su instrumental privado la pieza sobrante del estuche. Abrió un cajón cerrado con llave digital y comenzó a terminar de ajustar la pequeña pistola láser. Al final introdujo la cápsula de energía y colocó el seguro. Sólo podría disparar con tan pequeña arma durante un minuto, pero si afinaba la puntería podría cargarse a un montón de gente antes de consumir la carga.

Pensó en sus demás compañeros. ¿Estarían haciendo lo mismo que él en aquellos instantes? Tembló ligeramente. Si alguno cometía un error y era descubierto todo se vendría abajo. Los guardianes tenían medios sobrados para hacer hablar a cualquiera.

Se alzó de hombros. ¿Por qué pensaba en tales tonterías? Cada miembro del grupo disponía de un sólido historial, repleto de fidelidad al Centro, a la Institución y, sobre todo, al emperador.

Antes de abandonar su despacho particular se preguntó si alguna vez en la historia de la humanidad se había fraguado una intriga con tanto tiempo de antelación.

Indudablemente ningún plan se había ideado a diez o quince años vista.

Llevaba bien guardada la pistola cuando aseguró la puerta de su despacho. Aunque sabía que no abultaba nada, anduvo por el corredor cruzándose con compañeros de trabajo y pensando que todos le dirigían miradas inquisidoras, como si supieran que aquel día Paul Jordans habíase colocado una pistola dentro de su traje.

Mostró su placa de identificación de nuevo a los guardianes que custodiaban la entrada del Núcleo.

Parpadeando ante la intensa luz, Paul caminó por el brillante suelo hacia el macizo de máquinas que se erguían en el centro de la gran estancia circular hasta casi el elevado techo en forma de cúpula.

Nuria ya estaba allí, sentada ante su consola y verificando los datos enviados desde el sector galáctico que ella controlaba.

Paul pasó por su lado y ocupó su propia consola. Sólo le dirigió una leve mirada de soslayo. Unos metros a su derecha vio a Steiner, con la mirada oscura, característica en él, fija en los mandos. Al otro lado de los bloques de brillantes máquinas alrededor de las cuales estaban distribuidas docenas de consolas, deberían estar los otros tres miembros del grupo.

Fueron tres horas de trabajo intenso, pese a su marcada rutina, igual a otros muchos días.

El trabajo de Paul consistía en verificar el correcto estado de miles de transmisores distribuidos en el sector de la galaxia encomendado a su vigilancia.

Los mensajes, pasaban por el centro inspector de su consola y él sólo tenía que limitarse a comprobar que no existía ninguna anomalía, que la galaxia gobernada por el todopoderoso emperador seguía unida por medio de la transmisión instantánea, derrotando una vez más cientos y miles de parsecs.

La voz e imagen del hombre vencían la velocidad superlumínica de sus poderosas naves. Los vehículos estelares podían tardar días o semanas en llegar a los alejados puntos dominados por el Imperio, pero los mensajes sólo necesitaban un quinto de segundo. Y lo mismo daba que el punto de destino estuviera a mil kilómetros como a un millón de parsecs.

El Centro era el verdadero poder del Imperio. Sus flotas de guerra resultaban sólo secundarios puntos de apoyo.

Un viejo dicho afirmaba que quien controlase la comunicación podía dominar el universo.

A pesar de la corrupción, de la decadencia del Imperio, éste se mantenía firme porque el Centro seguía funcionando.

Paul, Nuria, Steiner, los otros tres miembros del grupo y los restantes controladores que vigilaban las consolas, se esforzaban para que las comunicaciones siguiesen funcionando. Ellos sólo debían revisar vertiginosamente lo acontecido durante las dieciocho horas precedentes, constatar que nada anómalo había sucedido.

Llegó el descanso y todos abandonaron el núcleo. Lo hicieron en silencio, calmosamente. En una estancia aneja les esperaba un refrigerio. Aunque otros días Paul conversaba con Nuria y los

demás, aquel día rehuyó su compañía. Temía que los nervios estallasen y cometiese una imprudencia. Se alegró que los demás tampoco sintiesen muchos deseos de conversación.

Era tranquilizador que la jornada discurriese normalmente. Paul sintió que sus fuerzas se afianzaban y la confianza aumentaba.

Terminó el descanso y de nuevo otro período de tres horas.

Ante los ojos de Paul se sucedían vertiginosamente las confirmaciones procedentes de docenas de mundos. Todo seguía correcto. Era difícil que se produjese alguna avería y un planeta quedase incomunicado. Si así ocurría todo se arreglaba antes de una hora desde localizada la falla.

Por supuesto, las interferencias en las naves patrulleras del Imperio tenían prioridad. Eran los únicos centros que no tenían que esperar a ser localizada la avería. Sencillamente, sonaba una alarma y en breves minutos quedaba corregida la interrupción.

Hacía un siglo que funcionaba el Centro. Al comienzo sólo fue un sencillo edificio, pero al aumentar su capacidad e importancia, se construyó en las profundidades uno nuevo, de enorme potencia. Ahora el actual Núcleo estaba quedándose pequeño. Además, los técnicos se encontraban preocupados porque no ofrecía suficiente garantía de solidez.

En breve se terminaría de construir el nuevo. Algo muy complicado. Hasta el momento nadie sabía dónde estaría localizado, aunque se decía que en algún asteroide perdido en algún lugar del espacio. Desde allí el nuevo monstruo de las comunicaciones seguiría manteniendo en contacto instantáneo a todos los planetas regidos con mano de hierro desde la poderosa Tierra.

No ocurriría lo mismo que con el actual Centro, que todo el mundo sabía dónde estaba y se requería una fuerte vigilancia, demasiado costoso incluso para el Imperio.

En un lugar ignoto todo sería más fácil de controlar.

Paul alzó un momento la cabeza. Escuchó los mesurados pasos del profesor Evans *el Vigilante*, pasar cerca de él. El general encargado de la vigilancia militar del Centro le seguía a dos pasos de distancia.

Evans se detuvo unos instantes junto a la consola de Nuria.

Los nervios de Paul se tensaron. Por el rabillo del ojo observó cómo el profesor cambiaba unas impresiones con la chica. Terminó

asintiendo y escribió unas notas en un papel, que entregó a Nuria. Luego se retiró conversando preocupadamente con el general.

Paul dejó exhalar un suspiro. Evans se había limitado a dar su consentimiento para que el plan siguiera adelante. Nuria ya tenía en su poder el permiso para permanecer en el Centro cuando todo el mundo lo hubiese abandonado.

* * *

—Señor Jordans.

Paul se volvió y esperó a que Hoover le alcanzase.

—La anomalía registrada ayer en el sector
Z-567
ha quedado confirmada. Usted, Steiner, Stant, Lomas y la señorita Nuria nos quedaremos.

Hoover le guiñó un ojo al concluir y Paul sintió deseos de abofetearle. Junto a ellos pasaban muchos empleados camino a los ascensores y temió que la señal la hubiera visto alguien.

—¿También usted nos acompañará, señor Hoover?

—Desde luego. El profesor esperará en su despacho a que la señorita Nuria le entregue el parte con la reparación concluida.

—Bien, confiemos que no nos llevará mucho tiempo.

Dieron media vuelta y regresaron al Núcleo.

—¿Alguna cita importante? —preguntó, socarrón, Hoover.

—Puede esperar.

Junto a la entrada del Núcleo sólo había quedado un soldado. Ya debía de estar al corriente que algunos técnicos quedarían allí trabajando, pues ni siquiera les echó una mirada.

Tampoco les pidió de nuevo sus identificaciones.

Dentro ya estaba Nuria, que al verle entrar le sonrió.

—Oh, lo siento, señor Jordans. Me olvidé avisarle que tenemos trabajo esta noche.

—Me lo esperaba desde ayer, Nuria, cuando el sector
Z-567
comenzó a mostrar algunos fallos sin importancia.

Ella suspiró. Junto a la consola que Nuria había estado trabajando todo el día, ya estaban los otros tres hombres.

—El Vigilante confirmó mi temor y desea que la avería se corrija lo antes posible; no se marchará del Centro hasta que todo esté

correcto.

Había remarcado las últimas palabras. Se dirigieron a la consola. Stant ya la había abierto y miraba en sus entrañas. Seguían titilando sus luces, indicando que a través de ellas pasaban cientos, miles de mensajes cada minutos. Todos quedaban registrados. No importaba que fueran órdenes militares o simples comunicados financieros o privados. Cualquier contacto entre dos mundos era controlado desde el Centro.

Lomas, el más joven de todos, no llevaba trabajando en el Centro más de dos años, se levantó después de escudriñar en la consola y dijo:

—Parece que existe un módulo excesivamente cargado, amigos.

—¿Podemos cambiarlo sin detener las comunicaciones? —preguntó Nuria mostrando profunda preocupación. Al fin y al cabo era su consola y sector galáctico.

—Creo que sí —admitió Stant—. Desviaremos por unos minutos las líneas afectadas a otro sector. Pero eso nos entretendrá más de lo previsto.

—No importa. Lo principal es que ni un solo segundo se interrumpa el tráfico de mensajes —dijo Nuria.

—Vamos, no olvidemos que todos debemos estar muy ocupados. De lo contrario sospecharían viendo que somos demasiados para una pequeña avería —dijo Steiner.

Paul se volvió para mirar hacia la entrada. La puerta estaba cerrada. Podía apostar que el centinela comenzaba ya a aburrirse al otro lado, renegando de la molesta armadura negra reglamentaria.

Echó una mirada en derredor, queriendo profundizar más allá de las sombras en que se ocultaba la cúspide de la cúpula. Ninguno de ellos sabía si existían ojos espías, pero se podía decir que sí, sin temor a equivocarse.

Una hora después, Lomas Y Stant seguían trabajando en el interior de la consola, mientras la chica y Steiner vigilaban la línea que se había hecho cargo del sector supletorio.

Entonces Hoover sacó una pequeña caja metálica del interior de su traje. Ocultándola entre sus manos la acercó a la consola y la introdujo. Rápidamente, Lomas la ocultó detrás de unos módulos. Paul le vio sudar.

Comprendió el estado de tensión de Lomas. El chico acababa de

activar el dispositivo que haría saltar a todo el Centro por los aires.

CAPÍTULO II

Komur era emperador desde hacía doce años, lo cual casi constituía un récord. Quienes le precedieron apenas llegaron a la decena, y la mayoría, desde hacía dos siglos, sólo alcanzaron él lustro. Había que remontarse a los comienzos del Imperio para encontrar emperadores con más tiempo en el poder que él.

Había sido habilidoso. El trono sólo le correspondía por línea materna y él estaba el quinto de la lista cuando el emperador, su padrastro, dio muestras inequívocas de locura. Su propio hijo, hermanastro de Komur, apresuró la muerte del viejo. Cuando creyó que iba a ser coronado con la triple diadema, Komur ya había movido sus peones.

El mediocre hijo del emperador asesinado murió abrasado una noche, al mismo tiempo que los otros tres tipos que precedían a Komur sufrían similares accidentes.

Komur se encontró con la triple diadema sobre su cabeza. Había sido generoso con los almirantes y generales y estaba bien apoyado. Antes que transcurriese una semana había liquidado también a los que le seguían en derechos imperiales. Todos sus primos y sobrinos fueron víctimas de extrañas muertes.

Komur siempre se había considerado el más idóneo para alcanzar el trono y recomponer el vacilante Imperio. Los militares habían admitido que se requería un emperador fuerte y no desdeñaron a Komur cuando éste les propuso que con él el poder renqueante se fortalecería.

Eliminadas las agotadoras y constantes intrigas palaciegas, suprimidas las legiones de vividores cortesanos, Komur se propuso convertirse en un regidor apoyado en la fuerza de las armas. Aduló a los altos militares, prometiéndoles sin palabras y sí con hechos, que bajo sus órdenes serían tan poderosos como el mismo emperador… Siempre que no intentasen superarle.

Komur era intrigante y habilidoso. Logró desunir a los militares, para unirlos bajo su mando. Ninguno de ellos confiaba en otro colega, pero sí en su emperador.

Lo primero que Komur dispuso, cuando hubo normalizado la política, fue exigir un concienzudo informe acerca de su vasto Imperio. No le importó mucho que cada reyezuelo dictara a su antojo en los mundos distantes, ni tampoco que docenas de pueblos sufrieran las arbitrariedades de sus delegados. Mientras mantuviesen la paz, enviasen a la Tierra las materias que se necesitaban y el dinero de los impuestos, les dejaba hacer.

Sabía que cambiando la fidelidad de los virreyes tenía que hacer la vista gorda en cuanto concernía a los desmanes que realizaban en sus dominios.

El informe llegó a manos de Komur. El Imperio ofrecía algunas fisuras en su seguridad, pero sería sencillo repararlas. Lo que le preocupó a Komur fue la vulnerabilidad del Centro. No le cogió de sorpresa. Desde hacía muchos años era consciente que el Centro, en realidad lo que mantenía unido al Imperio, mostraba una gran debilidad.

Había que construir un nuevo centro, más moderno y seguro, trasladar el antiguo situado en la Tierra a otro sitio que pocos conociesen…

Llamó al profesor Evans, vigilante del Centro desde hacía muchos años. Evans era un viejo taciturno, pero muy eficiente en su trabajo. Había alcanzado el título de Vigilante después que su antecesor en el trono se convenciese de su fidelidad hacia el Imperio. No parecía tener ideas políticas definidas. E incluso parecía odiarlas. Mejor.

A Evans le encargó que construyese un nuevo centro. Sus científicos ya habían localizado el lugar ideal, alejado de la Tierra, pero que sus naves podrían vigilar con facilidad. Sería indestructible incluso si fuese localizado por sus enemigos. Ni una poderosa flota podría destruirlo.

El Imperio no podía permitir que las comunicaciones cesasen en la galaxia. Si tal cosa ocurriese, el Imperio dejaría de existir en unos pocos días.

Evans aceptó el encargo y diseñó, ayudado por un ejército de sabios y computadoras, un nuevo centro. Serviría para mil años

más, capaz de absorber el trabajo que desarrollaba el actual multiplicado por cien mil.

A Komur le gustaba planificar en grande, con vistas al futuro. Tenía grandes deseos de prolongar su reinado por mucho tiempo. La inmensa mayoría de la galaxia dominada por el Imperio intuía que éste poseía una frágil base, pero no podía adivinar cuál era.

Se volvió hacia el general Rigot, su hombre de confianza. En ningún otro militar confiaba tanto como en él. Le había ayudado eficazmente durante la conjura. Sabía con certeza que Rigot sería capaz de morir por él. Pertenecía a una raza muy especial, casi inexistente ya. Ojalá tuviese a muchos como él, pensó melancólicamente.

—Bien, Rigot —dijo Komur deslizándose en su amplio sillón y parapetándose al otro lado de la mesa de diamante azul de Kiolstoh, toda ella de una sola pieza. Constituía una joya de valor incalculable.

—Serenísimo señor…

Rigot era de elevada estatura, delgado y de rostro granítico. Komur sabía que debajo de su cabellera sintética ocultaba un casquete de plata. En una batalla casi le había volado la cabeza. También el ojo izquierdo era artificial; pero ese detalle no se preocupaba de ocultarlo Rigot, sino que incluso alardeaba de ello, afirmando que el ojo artificial le servía mejor que el verdadero, puesto que podía ver con él la más impenetrable oscuridad.

—Supongo que tú, al igual que yo, habrás leído el informe de alta prioridad que me remitió el Servicio Imperial de inteligencia. Tú eres el único de mis generales que comparte conmigo ese privilegio.

Komur casi soltó una carcajada al ver que Rigot abombaba, orgulloso, el pecho.

—Bien. Prosigamos. Inteligencia no está aún capacitada para emitir un dictamen definitivo, pero asegura que existen movimientos, no radicalizados, de una fuerte oposición contra mí.

Rigot asintió.

—Sí, Serenísimo. Los datos obtenidos por Inteligencia son numerosos, pero todos tan vagos que nos imposibilita a pensar en algo concreto.

El rostro del emperador se nubló.

—El SII posee todos los medios, el más severo control contra los ciudadanos de mi vasto Imperio, los mejores agentes y el más numeroso ejército de espías. ¿Por qué los conspiradores siguen ocultos?

Rigot no supo qué responder.

—Y la conspiración está aquí, en la Tierra —Komur hizo más agrio el tono de su voz—. No es de hoy ni de ayer, sino desde hace muchos años. A mi alrededor se está fraguando un vasto e inteligente plan. Pero no sabemos lo que pretenden. En realidad los enemigos existen desde antes que yo ocupara el poder. Así, no es contra mí, sino contra lo que represento. Inteligencia a detenido a miles de sospechosos y los ha sometido a torturas y lecturas de pensamientos. Nada. No ha obtenido nada positivo. —Alzó la mirada para escrutar la cara de Rigot—. ¿Tú sabes cómo se ha elaborado ese maldito informe que no me deja dormir en paz?

—Sí, Serenísimo.

El general poseía un grupo de espías que vigilaba al Servicio Imperial de Inteligencia. Incluso en varias ocasiones lo había visitado, a partir que Komur le pidió que se ocupase personalmente de aquellos intranquilizadores informes.

Inteligencia poseía un control total sobre toda la población de la Tierra. La mayor parte de ésta odiaba al emperador, como había odiado a todos sus antecesores. Pero el miedo a las represalias silenciaba la repulsa unánime de los que medraban a costa del sistema instituido.

—Echan millones de datos a ese devorador insaciable que es la gran computadora —masculló Komur—. Luego esperan la salida del resultado y sólo saben decir que existe un movimiento conspirador contra el Imperio. Nada más. Son ligerísimos indicios captados aquí y alió, insinuaciones, movimiento de personas, factores discrepantes en la conducta de una o de millones de personas. Mientras no sean capaces de conseguir detener a uno de los conspiradores y hacerle hablar, siguiendo los viejos métodos, tenemos que contentarnos con seguir con los brazos cruzados, dejando a nuestros enemigos actuar hasta… ¿Hasta que consigan vencernos?

—Eso sería imposible, Serenísimo protestó con firmeza el general.

—Pero no sabemos hacia dónde dirigirán su golpe, mi querido

Rigot. ¿Y si saben cuál es el punto débil del Imperio?

—¿El Centro?

—Sí, el Centro. Hasta que estén terminados los trabajos del nuevo centro no viviré tranquilo. Una paralización del Centro y los mundos quedarían aislados, incapaces de obedecernos. No podríamos dar órdenes a nuestras flotas y los planetas se rebelarían contra mi poder en semanas. Toda la galaxia diría: La Tierra ha quedado muda, la comunicación instantánea, su secretísimo medio de disuasión, ha callado. La Tierra ha muerto. ¡Abajo el emperador!

—Conozco su temor, señor —intentó sonreír Rigot—. Pero creo que es excesivo. Poseemos, la mayor flota estelar de la galaxia. Ni siquiera los mundos independientes se atreverían a enfrentarse a nuestras naves por ayudar a los separatistas.

—¿No? Yo creo todo lo contrario, general Rigot. Los mensajes serían, sin el Centro, más lentos que las naves. Tardarían años en llegar a su destino. Mucho antes lo habrían hecho las naves de guerra. ¿Qué coordinación podría haber entre nuestras flotas? Irían como locas de un lado a otro de la galaxia. Al final, inevitablemente, nos vencerían.

Rigot arrugó el ceño.

—¿Teme por el Centro? Está muy bien guardado, Serenísimo.

—No temo, concretamente, por el Centro. Al no disponer de informes debemos sospechar de todos y temer el golpe en el lugar más insospechado.

—Intuyo que no me llamó sólo para cambiar impresiones acerca del informe de SII, Serenísimo.

—Me alegra tu perspicacia, general. Sí, te llamé para hablar del informe, pero mientras llegabas recibí un anexo de inteligencia.

El emperador tendió una hoja plastificada al general, que la tomó entre sus manos y la leyó.

Inmediatamente levantó los ojos del escrito, mirando sorprendido a Komur.

—Inteligencia está desvariando…

—Es posible; pero también pueden estar en lo cierto. Ellos dicen que existe en el mismo Centro un elevado indicio de subversión. Claro que no pueden decir si se trata de un elemento o varios. Volvemos a las inconcreciones.

—Pero todo el personal técnico que trabaja en el Centro procede

de los elementos más fieles al Imperio. Además, son severamente vigilados.

—Pero está la vigilancia militar, general.

—Son hombres de confianza también, caracterizados por muchos años de servicio en el ejército. Su paga aumenta considerablemente mientras sirven en el regimiento encargado de la custodia del Centro.

—De todas formas quiero que te ocupes del asunto personalmente, Rigot. Tienes carta blanca para hacer lo que creas conveniente. Interroga a los oficiales, a los encargados, a los técnicos… e incluso al Vigilante.

Rigot no pudo evitar esbozar una sonrisa de incredulidad.

—No es una broma, Rigot. Evans es casi intocable, pero desde Inteligencia han captado diminutos matices en su comportamiento. Son insuficientes para dudar de su fidelidad hacia mí, pero no desdeñables.

El general asintió con vigor.

—Confíe en mí, Serenísimo. Hoy mismo me trasladaré al Centro. Dispongo de un cuerpo escogido que me acompañará.

—No olvides disponer de una amplia cobertura aérea… y espacial.

Rigot entornó los ojos. Claro que ya había pensado en ello. Era un profesional y sería imperdonable dejarse disponer de algo tan elemental como tener previsto naves espaciales cuando se iniciaba una operación de alta seguridad.

Pero el emperador era el único ser en el mundo que le permitía dudar de su inteligencia en táctica militar.

Saludó con un sonoro golpe de tacones, se inclinó una sola vez y salió del despacho privado del emperador.

Rigot, mientras se colocaba su casco emplumado se dijo que él era el único general al que el emperador sólo exigía una inclinación, el resto de los mortales tenían que hacer tres.

Fuera le esperaba su oficial de servicio. Le dijo:

—Subamos a la superficie, capitán, y volemos a la nave. No perdamos un segundo.

CAPÍTULO III

El soldado observó cómo el relevo se marchaba. Durante unos instantes quedóse estático ante la puerta del Núcleo. Luego se relajó. La armadura le pesaba más que nunca. Se maldijo a sí mismo porque no se había acordado de reparar el filtro del aire y respiraba con cierta dificultad. Se preguntó sí sería capaz de soportar las dos horas que le restaban sin tener que comunicar que precisaba el relevo antes que transcurriesen las dos horas.

Rezongó ante la puerta que conducía al Núcleo. Sabía que al otro lado estaban trabajando algunos técnicos. De no ser así se atrevería a quitarse por unos instantes el casco. Pero alguno de esos tipos podía aparecer en cualquier momento.

Se envaró al escuchar deslizarse la puerta. Oyó pasos y adoptó la posición de firmes. Tal vez eran los técnicos que habían terminado con el trabajo y se marchaban. Si así era le dejarían más relajado.

Pero el fino oído del soldado, cuya percepción era aumentada por los auriculares, captó el levísimo chasquido de la pistola al ser montada.

Agarró su fusil láser y se giraba cuando estalló una bola de fuego delante de su cara.

Steiner empuñaba la pistola con ambas manos. Era el autor del disparo y volvió a apretar el gatillo mientras el soldado caía al suelo con el casco partido en dos. El siguiente disparo lo alcanzó en pleno pecho.

Steiner tuvo que apoyarse contra la pared. Apenas pudo reprimir su deseo de vomitar. Se consideraba el más duro del grupo, pero a la vista del muerto, con la armadura rota por una enorme raja de la que brotaba un torrente de sangre, había perdido toda su seguridad.

Reponiéndose, hizo una señal a los que esperaban dentro.

—Vamos, el camino está libre. —Se dirigió a Paul Jordans—. Id en busca del profesor y no perder el tiempo. Aún tardará el oficial

unos veinte minutos en volver a pasar por aquí.

Paul, seguido por Hoover y Nuria echaron a correr pasillo arriba. La ligera rampa les llevó hasta un pequeño ascensor, el personal del Vigilante. Pero ellos disponían de un duplicado de la llave y se introdujeron en él. La cabina ascendió vertiginosamente hasta los tres niveles siguientes.

Apenas se corrieron las puertas, la mirada ansiosa de Evans les preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Todo está bien, profesor. Steiner ha matado al centinela.

Una nube de preocupación cruzó el rostro del profesor.

—Ya no podemos volvernos atrás. Pero me hubiera gustado no haber tenido que matar a nadie.

—El soldado hubiera sospechado al ver que tomábamos una dirección opuesta a la salida, señor —dijo Paul—. ¿Lo ha cogido todo?

—Sí —replicó Evans alzando un pequeño maletín—. Aquí está toda la documentación y registros. Por lo que llevo el emperador entregaría unos años de su vida.

—Magnífico —asintió Nuria—. Ahora salgamos. Los demás nos esperarán en el exterior.

Paul pensó que así sería si no tenían ningún tropiezo. Si los planes seguían al camino trazado no debería existir ningún incidente. Todo estaba bien planeado. Tenían tiempo de sobra para escapar antes que el cadáver del soldado fuese descubierto.

Regresaron por medio del ascensor a la planta del Núcleo. Pasaron a toda prisa por delante del cadáver y se introdujeron en la cinta deslizante que les llevaría al ascensor principal.

—¿Hubo problemas con las cargas? —preguntó Evans.

—Ninguna, señor —replicó Nuria—. Estallarán en el tiempo previsto. Y nadie podrá localizarlas ni desactivarlas.

Evans asintió.

—Y la galaxia se paralizará. Me pregunto qué pasará después.

Los tres jóvenes se miraron entre sí. Aunque cada uno tenía su respuesta, ninguno quiso responder.

Al salir del ascensor vieron cómo los componentes del otro grupo cruzaban los controles de salida. Se retuvieron un poco y dejaron que se perdieran por el largo corredor hacia la explanada

de superficie. Luego, precediéndoles el profesor, se dirigieron hacia la salida.

El oficial se volvió al escuchar los pasos. Se cuadró al ver llegar al Vigilante, saludándole militarmente mientras le recogía su tarjeta de identificación y la pasaba a un soldado para que la insertara en el controlador automático.

—¿Es cierto que ha habido problemas, Vigilante? —preguntó el oficial.

—Mínimos, capitán —respondió Evans.

Paul miró temeroso al profesor. Rogó que el oficial no descubriera el ligero temblor en la voz del viejo que a él se le antojaba enorme.

—Llamaré su deslizador, Vigilante —se ofreció el oficial dirigiéndose al puesto de guardia.

—No es preciso —le atajó Evans—. Mi colaboradora Nuria se ha ofrecido llevarme a mi habitáculo en el suyo.

El oficial asintió, pero en aquel momento sonó un estridente timbre en el interior del cuarto. Paul estaba esperando que el soldado le devolviese su tarjeta de identificación y miraba hacia allí de soslayo. Sabía que el timbre podía significar algo perjudicial para ellos.

Un soldado apareció en el dintel y reclamó la atención del capitán con un gesto perentorio.

—Señor —dijo el soldado—, es una orden directa del general Rigot. Se dirige hacia aquí y dispone que toda clase de salida o entrada quede en suspenso. El Centro queda bloqueado.

El oficial tenía alzada la visera de su casco y todos le vieron parpadear. Como azarado se dirigió hacia el profesor, que estaba cerca de la salida, aunque se había detenido al escuchar la voz del soldado.

—Profesor, lo siento…

Paul discurrió en menos de un segundo que debía actuar.

Y no había otra forma que hacerlo que sacando el láser que llevaba ocultó, empuñándolo y disparando contra el confundido oficial.

A causa de la precipitación falló el primer disparo, pero el segundo alcanzó al capitán en el cuello, arrancándole casi de cuajo la cabeza.

Nuria y Hoover también habían sacado sus armas y disparaban contra los demás soldados. La estancia se llenó de deslumbrantes trazos y olor a carne quemada.

La muchacha empujó al profesor hacia la explanada y Paul, codo a codo con Hoover, retrocedieron, apuntando con sus armas la salida del cuerpo de guardia.

El cañón de un gran rifle se asomó y un luminoso rayo eclosionó a un metro de Paul, reventando una pared de acero. Hoover le gritó que se tirase al suelo, disparando al mismo tiempo.

Un soldado cayó adelante y el riñe rebotó en el suelo. Pero ya entonces un tropel de figuras embutidas en armaduras negras se agolpó en la puerta, debatiéndose por esparcirse por la sala de recepción.

Paul rodó por el suelo, alejándose de los estampidos mortales que parecían seguirle como un reguero. Apretando con fuerza y con ambas manos la pequeña pistola, disparó varios segundos en abanico.

Pero un soldado con la armadura cerrada podía soportal algunos impactos de láser de poca potencia. Aunque algunos cayeron aturdidos, en seguida se levantaron.

Paul sudó. La cosa se estaba poniendo fea.

Inesperadamente, la metálica puerta del cuerpo de guardia se cerró velozmente y los soldados dejaron de salir a vestíbulo. Pero fuera había ya más de una docena. Demasiados para sólo dos hombres armados con minúsculos lásers.

El corto túnel que conducía a la superficie era amplio, pero Paul nunca pensó que Steiner, conduciendo un deslizador, se atreviese a meterse por allí a toda velocidad. El vehículo irrumpió en el vestíbulo y arrojó a varios soldados. Algunos volaron por el aire y se estrellaron contra las paredes.

El deslizador giró violentamente y regresó junto a la salida. La compuerta se abrió y Lomas gritó desde el interior que subieran.

Nuria fue la primera que alcanzó el vehículo, aunque dejó que pasara antes al interior el profesor. Ella titubeó antes de entrar, aunque para que lo hiciera Stant la agarró por un brazo, tirando de ella.

Los soldados habían dejado de disparar, Paul corrió hacia el deslizador, pero al llegar a la entrada se detuvo para disparar contra

un enemigo que estaba alzando su arma para fulminar a Hoover.

Pero el arma de Paul apenas contenía ya energía. Había agotado casi toda su carga. El dardo de fuego se estrelló inofensivamente contra la armadura del soldado.

Horrorizado, Paul vio como el mortal disparo alcanzaba a Hoover y lo convertía en un amasijo de carne achicharrada. Aquel condenado sicario del Imperio estaba usando su rifle a la máxima potencia.

—¡Sube de una maldita vez! —le gritó Stant, disparando contra el soldado, que saltó para refugiarse detrás de una columna.

Paul se arrojó al interior y Stant cerró la portezuela. Steiner parecía enloquecido ante los mandos del vehículo. Lo introdujo de nuevo por el túnel. Los nervios se habían apoderado de él y el aparato golpeó ruidosamente la pared, pero pudo enderezar el vuelo.

Paul consiguió respirar al encontrarse debajo de las estrellas. Bajo ellos discurría vertiginosamente la gran explanada.

Al otro lado comenzaba la pronunciada ladera de la montaña, y a escasa distancia la brillante ciudad costera.

—Ha sido horrible —musitaba el profesor.

—No podíamos hacer nada por Hoover —graznó Steiner—. Ya estaba muerto.

Paul asintió en silencio. Seguro que Steiner tenía razón. ¿Alguien sabía de alguna persona, que hubiera salido con vida después de recibir de lleno un impacto de un fusil láser a toda potencia?

Miró a Nuria. La chica estaba pálida, pero se había portado estupendamente. No había perdido la serenidad, aunque ahora pareciese desmadejada.

—Avisarán que nos dirigimos a la ciudad —dijo Stant colocando una nueva carga en su pistola—. ¿Qué habrá pasado para que el perro faldero del emperador se dirija al Centro?

Steiner se encogió de hombros.

—Las cosas se han complicado un poco, pero no demasiado. No podrán impedir que alcancemos la nave que nos espera en órbita lunar.

Paul se dejó caer pesadamente en uno de los asientos, junto a Nuria. Se pasó la mano por la cara, retirándola llena de sudor. No se

había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que había sudado. Era un sudor frío, glacial.

La muerte le había rondado excesivamente cerca.

Había terminado de descender la ladera. A unos cinco o seis kilómetros discurría una carretera de energía, atestada de vehículos que salían y entraban de la ciudad.

Paul cerró los ojos cuando Steiner se unió a las densas filas de deslizadores. Casi provocó una catástrofe. Ojalá no hubiera detectores de tráfico. Sólo pasados unos minutos se tranquilizó un tanto.

Algunos conductores que les seguían podían estar maldiciéndoles, pero eso a ellos no les importaba mientras no fueran denunciados.

La gran carretera les permitía cortar la energía de sus motores, aprovechando la que radiaba la superficie de metal. A unos dos kilómetros antes de entrar en la ciudad, la conducción energética describía un amplio arco que casi les dejaba por encima del océano.

Steiner dijo que se agarrasen todos bien y viró la aguda proa del deslizador hacia la izquierda. Todos acusaron el seco golpe al abandonar el vehículo el flujo energético.

Seguramente existiría otro montón de conductores que les estarían maldiciendo de nuevo.

El deslizador se introdujo en el océano, sobrevolándolo apenas a unos metros. De vez en cuando las olas parecían querer lamer el aplanado fondo.

Cuando las luces de la ciudad quedaron ocultas, Steiner avisó de nuevo y movió con decisión una palanca. El deslizador rugió, alzó la proa y se elevó hacia el cielo, a las estrellas.

* * *

Eran cientos de naves las que orbitaban alrededor de la Luna. Procedían de todos los confines del universo y esperaban la autorización oficial para poder posarse en alguno de los numerosos puertos espaciales de la Tierra.

El deslizador, conducido por Steiner, era llamativo a causa de su pequeñez, pero resultaba indetectable en medio de tantas masas metálicas llenas de impacientes pasajeros y navegantes.

Apenas habían transcurrido dos horas desde que abandonaron el

Núcleo. Aunque Nuria había estado captando todas las ondas procedentes de la Tierra, hasta el momento no se había pronunciado oficialmente el Gobierno Imperial respecto a lo sucedido en el Centro.

—Allí está —casi gritó de contento Steiner indicando una nave que orbitaba cerca de un gigantesco carguero—. Ésa es la nuestra.

Todos respiraron aliviados.

Instantes después, el deslizador se introducía en el interior de la nave que indicó Steiner y sus pasajeros saltaron fuera de ella. Un grupo de hombres, y mujeres los recibieron con vivas muestras de alegría.

Pero fue el profesor quien recibió más atención que nadie.

Cuando Steiner informa de la perdida de Hoover se hizo un pequeño silencio, interrumpido con la llegada de un hombre alto, que dijo:

—El jefe nos espera en la sala. En estos momentos nos estamos alejando de la Luna. Es posible que intenten detenernos antes de alejarnos del perímetro de estacionamiento, pero para entonces nos habremos sumergidos en el hiperespacio.

Paul conocía al dedillo el plan que debía seguir. Aunque era un riesgo abandonar el espacio normal a tan corta distancia de la Luna, no existía otra posibilidad para despistar a enemigo. Aunque la alarma no había sido dada, todos sabían que el general Rigot habría tomado sus medidas.

El deslizador fue anclado al hangar y el numeroso grupo ya más animado, discurrió por el corredor en dirección a la sala.

Allí les esperaba el resto de la tripulación libre de servicio y varias personas más. Todos dirigieron miradas de simpatía a los componentes del grupo que había llevado hasta allí a profesor Evans.

Un hombre estaba de pie junto a una mesa, esperando que todos tomasen asiento y cesase el estrépito que producían al hacerlo.

Tuvo que levantar ambas manos demandando silencio.

Con un gesto invitó al profesor a subir al estrado, indicándole una silla detrás de la mesa.

—Todos me conocéis —sonrió el hombre comenzando a hablar —. Si hay alguno que no me conozca le diré que me llamo Looksun y soy el jefe. Al menos mientras que vosotros estéis conformes —

sonrió y se escucharon risas en la sala—. Esto no es el Imperio, sino una democracia. Al menos eso pretendemos todos, ¿no?

Indicó al profesor.

—Pero seguramente no todos conocen al profesor Evans, más conocido como el Vigilante, título conferido por el emperador y que todos sabéis qué significa. Pero el profesor está con nosotros, con nuestra causa, desde hace un montón de años.

»Si todo transcurre como está previsto, el Centro dejará de funcionar dentro de breves instantes. La primera fase del plan se habrá consumado y comenzará la segunda.

»Esta segunda fase, como todos bien sabéis, nos permitirá escapar del poder opresor del Imperio y encontrar otro mundo, allende las fronteras imperiales, donde podamos construir una sociedad decente, libre y democrática.

Hizo una pausa y añadió solemnemente:

—Un lugar donde el Imperio no pueda vengarse en nosotros por haberlo destruido.

CAPÍTULO IV

El general Rigot estaba tenso. Sentía la garganta seca y notaba la falta de aire. Unos instantes antes había estado acariciando el arma de reglamento que pendía de su cinturón, reprimiendo sus deseos de suicidarse.

Lo que había encontrado en el Centro lo había dejado anonadado. Toda la Institución estaba pensada para defenderlo de un ataque exterior. Incluso la vigilancia interna era severa, pero sólo llevada a cabo de forma preventiva, por puro formulismo casi. En todo el tiempo que el Centro había estado funcionando nunca sucedió nada que hiciera sospechar en alguno de sus miembros. ¡Y habían sido seis!

Rigot estaba plantado frente al comunicador, esperando la conexión.

El globo luminoso concentró la imagen del emperador Komur estaba sentado en su trono, mirándole ceñudamente Rigot notó que la mano derecha del emperador temblaba ostensiblemente. Seguramente ya debía disponer de un anticipo más o menos detallado, de lo acontecido.

—Bien, Rigot. Habla.

Rigot se estremeció. Era la primera vez que su Serenísimo señor se dirigía a él con tan gélido tono.

Después de hacer las reverencias de rigor, el general dijo.

—Serenísimo, mi vida está a su disposición…

—No quiero tu vida… por el momento. Exijo resultados positivos. Habrás comprobado que Inteligencia no exageró lo más mínimo. Detectó subversión en el Centro. Lamentablemente no pudo predecir el momento en que iban a desenmascararse esos traidores. ¿Qué has encontrado en el Centro?

—Acudí tan pronto me lo ordenó, Serenísimo. Tenía cobertura aérea y espacial, pero los traidores escaparon a ras de la superficie,

hasta alejarse lo suficiente para eludir mi sistema de detección. Se han llevado al profesor Evans y…

—¿Se lo llevaron o Evans se marchó con ellos voluntariamente? No olvides que Inteligencia también disponía de indicios subversivos en él.

Rigot asintió. También él había pensado en tal posibilidad.

—Todo fue por unos miserables segundos, Serenísimo. Acababa yo de alertar al oficial de servicio en el Centro cuando los traidores estaban huyendo. Los soldados fueron sorprendidos. Murieron muchos de ellos.

—¡Qué importan ellos ahora! —estalló el emperador furiosamente—. ¡Dime de una maldita vez lo que encontraste dentro del Centro! ¿Cómo está el Núcleo?

El general se debatió nerviosamente. Estaba verdaderamente pasando un mal rato. Y muy arrepentido de no haberse agujereado la cabeza con el láser.

—Se ha llamado urgentemente una sección de técnicos que en estos momentos lo están revisando todo. Al parecer no existe ninguna alarma. Los mensajes siguen produciéndose en toda la galaxia sin interrupción. Incluso la falla detectada esta tarde parece reparada.

—Una falla. Seguramente fue la excusa que usaron los traidores para quedarse, al finalizar la jornada, de revisión. Por los infiernos, general, esos miserables han tenido tiempo sobrado para colocar docenas de cargas en el Núcleo. Y no sabemos cuándo estallarán, dejándonos aislados del resto del Imperio. ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

Rigot asintió, sin conseguir librarse del nudo en la garganta.

—Perfectamente, Serenísimo. Pero no podemos hacer nada por el momento. No he querido apresurar a los técnicos que escudriñan cada rincón del Centro. Si supieran que pueden volar en cualquier momento nadie les podría obligar a trabajar.

El emperador estuvo agitándose unos instantes. Se calmó y miró fijamente al general.

—Aún tenemos una oportunidad. Los traidores han pasado a una nave estelar que les esperaba cerca de la Luna. Al parecer sólo hace unos segundos se sumergieron en el hiperespacio. ¿Hacia dónde? Seguramente lo más lejos posible que un solo salto pueda

proporcionarles. Y para ello precisan coordinación, usar el Núcleo para transmitir mensajes instantáneos. Y todo queda grabado en él.

—Ya pensé en ello, Serenísimo. En unos instantes dispondré de los datos precisos. Sabremos hacia dónde se dirigen.

—Eso si tenemos tiempo. El Núcleo puede saltar en añicos en cualquier momento.

—Ya tengo preparado el navío insignia de la Flota Imperial para seguirlos tan pronto me lleguen los informes.

—Ojalá tengamos tiempo. Pero ellos habrán dispuesto la explosión justamente un segundo después que la comunicación no les sirva para nada.

Rigot sudaba y reprimió el gesto instintivo de llevarse la mano a la frente para secársela. En aquel instante un temeroso oficial penetró en la sala. Se cuadró y miró de reojo al globo donde su emperador desvió la mirada para observarle.

El general le hizo un gesto para que el oficial hablase.

—Señor, acaban de comunicar que el Centro ha saltado, por los aires. Toda la montaña se ha venido abajo y…

Rigot sintió que bajo sus pies le faltaba el piso. Se recuperó y con hilo de voz preguntó:

—¿Habéis recibido también unos datos urgentes procedentes del Centro?

El oficial asintió. Alzó su diestra, que agarraba un cilindro delgado.

—Sí, general. Han localizado a tiempo la trayectoria de la nave fugitiva. Apenas un instante antes de perder contacta con el Centro. Las bajas han sido cuantiosas. Toda la guarnición, los técnicos y los patrulleros han…

—Basta —le contuvo Rigot. Con un ademán le indicó que se retirase.

—Ya has oído, general —le dijo el emperador. Rigot lo vio pálido, pero aún conservaba toda su arrogancia—. Tienes la señal para seguir a esa nave hasta el confín del universo. Hazlo. Quiero que me traigas vivo al profesor. Lo necesito para que termine el nuevo Centro. Si dejamos al Imperio mucho tiempo sin comunicaciones se nos escapará de entre los dedos como mercurio, lenta pero inexorablemente. Sólo nos quedaremos con unas pequeñas partículas de él en nuestro poder.

Rigot asintió. Seguía sintiéndose muy mal. Necesitaba una medicación urgente que le reanimase.

—Vamos, Rigot. No vuelvas sin el profesor Evans y las cabezas de ese montón de traidores.

La imagen desapareció y el general, aspirando hondo, salió de la sala. Sus pisadas sonaron fuertes en los pasillos. Ya comenzaba a olvidar los deseos de autodestrucción. Ahora tenía una misión que cumplir, una orden de su emperador.

Estaba decidido a cumplirla. Lo haría o moriría en el empeño.

* * *

El silencio en la sala había sido total mientras todos miraban, tensos, el avance del tiempo en el gran cronómetro digital. Al mostrar éste la cifra que aguardaban los presentes, se escuchó un suspiro general, como si se hubieran librado de una profunda tensión.

Looksun se volvió a los congregados.

—El Centro ha dejado de existir, amigos. No ha habido el menor fallo. Nuestro computador ha recibido hace apenas un minuto las coordenadas precisas para poder sumergirnos en el hiperespacio. Ningún planeta o estrella nos interceptará.

El profesor Evans parecía más viejo. Seguía sentado detrás de la mesa, con las manos dejadas sobre ésta como s fueran de plomo.

—¿Será un viaje directo? —preguntó con voz cansada.

—No —le contestó amablemente Looksun—. Saldremos al espacio normal una sola vez. Pero de los detalles se puede enterar el que lo desee consultando a los navegadores. Discúlpeme, profesor, pero antes de disolver esta reunión quisiera terminar con unas palabras. Aquí no caben todos los que pretendemos iniciar una nueva vida en un planeta que nuestros compañeros descubrieron hace muchos años y cuya situación hemos mantenido en secreto. Será un lugar ideal para organizar una nueva civilización.

Ahora quiero deciros a todos, y a los que nos están escuchando por el sistema interior de comunicación, que por una vez el infalible sistema de vigilancia del Imperio ha fracasado. Aunque últimamente comenzaban a sospechar de algo grande, de una conjura contra él, nos hemos adelantado a todos sus movimientos.

»No ha sido fácil lograr el triunfo. Podemos decir ya que hemos

triunfado, sin ambages. No podrán alcanzarnos las naves imperiales de guerra. Y mucho menos interceptarnos porque el sistema imperial de comunicación instantánea ha dejado de funcionar. Ahora los mensajes viajarán a la velocidad de la luz, pero muchos más lentos que las naves.

Conseguir esto nos ha costado mucho esfuerzo y tiempo Sobre todo, tiempos Ha sido preciso elegir a muchas personas, instruirlas desde la adolescencia, enseñarlas a fingir obediencia al emperador e irlas introduciendo en puestos claves. Lo que más nos costó fue convencer al profesor Evans que debía fugarse con nosotros. Pero el profesor comprendió que nuestro plan era el único posible para librar a la galaxia de la tiranía del Imperio, no importa cuál sea su actual emperador. Nos da igual cómo se llame. Todos han sido crueles, tanto o más que Komur. Es posible que Komur sea el último emperador. El caos no tardará en producirse y muchos mundos alcanzarán su libertad cuando la coordinación de las Flotas Imperiales no exista. Es cierto que morirá mucha gente y otros planetas seguirán bajo el yugo del Imperio o de sus reyezuelos. Más esto es inevitable. Por desgracia la historia nos ha demostrado que la libertad es imposible de conseguir sin lucha. Pero nosotros mantendremos nuestros ideales en un mundo lejano, descontaminados de la suciedad del Imperio. Nuestros hijos podrán volver algún día a la galaxia que nos ha visto nacer. Ellos conseguirán eliminar los últimos lustros de una era terrible.

»Señoras y señores, ahora nos espera un largo viaje. A lodos los que han arriesgado sus vidas, gracias en nombre de los que permanecimos en la sombra. Profesor Evans, su colaboración ha sido vital. Nunca la olvidaremos.

Estalló un sonoro aplauso. Paul observó que Evans enrojecía levemente. Lentamente se fue vaciando la sala, entre comentarios animados.

Steiner se acercó a la mesa donde Looksun conversaba con Evans. Nuria le tomó del brazo y le condujo hasta allí.

—De todas formas, Looksun, estoy preocupado —decía Evans—. El general Rigot se presentó inesperadamente. Eso no estaba previsto. Transcurrió demasiado tiempo hasta que el Centro dejó de funcionar.

El jefe de la nave movió la cabeza, como si pretendiera apartar

de sí unos pensamientos funestos. Intentando dar confianza a su voz, respondió:

—Las bombas de tiempo estaban calculadas para permitirnos establecer las coordenadas hiperespaciales. Sin ellas no hubiéramos podido escapar. El Centro no podía dejar de funcionar antes. Si las cargas eran ilocalizables, como se ha demostrado, eso indica que nuestros enemigos estuvieron demasiado ocupados intentando encontrarlas para desactivarlas. ¿Qué importa si ahora saben que el Vigilante estaba confabulado con los conspiradores?

—Creo que el jefe tiene razón, profesor Evans —intervino Steiner—. Cierto que el plan preveía que las autoridades pensaran que los seis técnicos que quedaron para reparar la avería y usted hubieran perecido. Sin embargo, no le veo al caso motivo de inquietud.

—Lo peor ya pasó, profesor —dijo Paul, sonriente—. Lo único lamentable ha sido la muerte de Hoover. Pero todos sabíamos el riesgo que corríamos. Pudo haber sido peor.

—Conozco a Rigot. Es el militar más fiel al emperador. Le temo. Ojalá haya muerto en la explosión. Pero no lo creo porque es demasiado inteligente. Seguramente estaría bien lejos mientras ordenaba la búsqueda de las bombas. Sin embargo…

Todos se miraron entre sí por encima de la cabeza del profesor. Comenzaban a preocuparse también, a compartir los temores del anciano.

—¿Por qué no nos dice lo que está pensando? —le preguntó Nuria a Evans.

—Si yo hubiera sido Rigot habría ordenado la búsqueda del mensaje de una nave que se alejara del sistema solar sin autorización. Lo habría hecho mientras esos desdichados buscaban los explosivos. Y nuestras coordenadas estaban registradas en el Centro.

—¿Por qué habría de pensar Rigot como usted, profesor? —dijo Looksun risueño, pero interiormente calibraba el argumento de Evans y lo consideraba como lleno de lógica.

El anciano se levantó, exhaló un suspiro y dijo:

—Deben disculparme. Estoy agotado. ¿Quiere alguien conducirme hasta mi camarote?

Nuria le tomó del brazo y lo condujo fuera de la sala.

Al quedarse solos, Steiner preguntó al jefe:

—¿Puede ser verdad lo que teme el profesor?

Looksun asintió gravemente.

—Claro que sí. Pero roguemos que no sea así.

—¿Qué pasaría si el general Rigot dispusiera de nuestra ruta?

—De todas formas disponemos de una sustancial ventaja. En Katelh no nos demoraremos mucho tiempo —Looksun bajó del estrado y se marchó.

—¿Qué es Katelh? —Preguntó Paul a Steiner—. Siempre supe que haríamos escala en un mundo antes de alcanzar el nuestro definitivamente, pero nunca supe cuál sería.

Steiner empezó a llenar calmosamente su pipa. Sin mirar a Paul explicó:

—Es un planeta en el cual nunca ha puesto sus garras el Imperio. Fue descubierto por la misma expedición que más tarde localizó nuestro punto de destino definitivo. Nos ayudarán a avituallarnos convenientemente para la colonización, muchacho.

—¿Son humanos? Nunca oí hablar de Katelh…

—Claro que sí. Al parecer son descendientes directos de viejos terrestres, cuando el Imperio aún se estaba formando y no era tan cruel. Son gente rara, pero amable. No son belicosos, si es eso lo qué más te preocupa.

—Creo que debimos avituallarnos antes de partir y prescindir de esa escala —replicó Paul arrugando el ceño, preocupado.

—Eso era imposible. Una excesiva demanda de artículos hubiera levantado las sospechas en Inteligencia Imperial. Sólo hemos podido cargar en esta nave lo imprescindible, hasta el punto que estimamos que no sospecharían los sicarios de Komur.

—Eso quiere decir que los habitantes de Katelh son civilizados.

—Desde luego. Poseen un gran nivel tecnológico.

Salieron de la sala y caminaron por el estrecho pasillo. De vez en cuando tenían que dejar paso a hombres y mujeres que acarreaban pertrechos de un lado a otro. Todavía quedaban muchos por encontrar su alojamiento.

—Me pregunto —empezó diciendo Paul— por qué los componentes de la expedición que redescubrieron Katelh no propusieron a sus líderes la posibilidad de que nos acogieran a nosotros.

Steiner se detuvo.

—¿Supones que no lo hicieron?

—¿Es que se negaron?

—En redondo. Por eso la expedición tuvo que seguir penetrando en los confines de la galaxia, buscando un nuevo hogar. Al final lo hallaron, gracias a Dios.

—Empiezo a pensar que esos habitantes de Katelh no me serán simpáticos. ¿Por qué se negarían? Si ellos aman la libertad, nosotros también. ¿Qué les pasa?

—Son celosos de su neutralidad. Cuando al regresar la expedición repostó de nuevo en Katelh, les dijeron que posiblemente, unos años después, llegaría una gran nave con mucha gente y necesitarían provisiones y pertrechos para emprender una nueva vida en otro mundo. Los katelianos aseguraron que ellos entregarían todo cuanto les pidiesen y pudieran. ¿Qué más podemos pedirles?

CAPÍTULO V

—Me pregunto qué estará pasando en el Imperio.

Paul se volvió al escuchar el comentario de Nuria. No la había oído aproximarse hasta donde él estaba, asomado a la tronera, observando directamente la brillante esfera, blanca y azulverde, que era Katelh. En realidad no hubiera escuchado ni a un pelotón de soldados enemigos llegar corriendo. Estaba demasiado absorto contemplando el bello mundo.

Como si le hubiera interpretado sus pensamientos, la muchacha añadió:

—Es hermoso. Me hubiera gustado quedarme en él.

—Todavía no sabemos cómo es su superficie.

—¿Es que no te has molestado en leer los informes?

—No. ¿Dónde se pueden conseguir?

—Steiner me los dejó ayer, apenas salimos del hiperespacio y comenzamos a orbitar Katelh.

—Antes dijiste que te gustaría saber cómo se desenvuelve el Imperio sin los medios de comunicación instantáneos.

—Sí. ¿Te imaginas tú algo?

—Vagamente. Existirá una gran confusión. De todas formas vamos a ser los causantes de un montón de muertes.

Ella lo miró preocupada y confundida.

—Explícate…

—No quiero dramatizar, pero mis conclusiones me conducen a imaginarme un gran caos.

—Desde luego.

—Sí, es posible que a la larga muchos mundos, rotos los lazos que los mantenían atados a la tiranía del Imperio terminen recobrando la libertad. Sin embargo, durante mucho tiempo habrá guerras y morirán muchas personas.

»Los reyezuelos se sentirán los amos de los planetas que

gobiernan en nombre del emperador. Las órdenes serán más lentas que los viajes y existirá una gran descentralización. Tal estado puede ser aprovechado por las organizaciones, clandestinas organizaciones clandestinas que luchan por la libertad. Pero surgirán otros tiranos, menores, que incluso se rebelarán contra el poder central de la Tierra. Si Komur consigue terminar el segundo Centro que dejamos en vías de construcción, no lo logrará antes de impedir que sus dominios se vean desmembrados, convertidos en un montón de naciones estelares independientes. Me pregunto si habremos hecho un bien a la humanidad.

Nuria movió la cabeza, tomo si quisiera apartar de su mente las ideas de Paul. No las encontraba disparatadas, pero sí dolorosas.

—No había otra forma de escapar, Paul. Si no hubiéramos destruido el Centro nos estarían esperando aquí, dispuestos a abordarnos apenas hubiéramos salido del hiperespacio.

—Me imagino al general Rigot paladeando anticipadamente el momento de hacernos prisioneros y llevarnos otra vez a la Tierra —sonrió Paul tristemente.

—Algún día volveremos a la Tierra —afirmó Nuria.

—¿Qué encontraremos? Es una inquietante incógnita. Pero dudo que podamos ser nosotros los que regresemos. Tal vez nuestros hijos, si somos capaces de infundirles un elevado sentido de la libertad y ansias de transmitirla a sus herma nos terrestres.

Paul tomó entre las suyas las manos de Nuria y las oprimió con calor.

—Nuria, ¿pueden ser nuestros hijos los que vuelvan a h Tierra?

La muchacha emitió una sonrisa picaresca.

—¿Es una proposición?

—Y muy en firme. Sé que Steiner te mira demasiado y temo que se anticipe.

—Pero también sabrás que ninguna chica debe quedarse embarazada hasta que estemos instalados en nuestro planeta.

—Para eso podemos esperar, pero no me siento con voluntad para no hacerte el amor hasta entonces.

—Las normas…

—Deja las dichosas normas a un lado. Aún tardaremos todo un día en desembarcar ahí, y no sabemos si iremos alguno de los dos.

Alguien entraba en el observatorio. Nuria se agarró del brazo a

Paul y le susurró:

—En mi camarote. Mi compañera está de guardia y nadie nos molestará.

Paul se echó a reír.

—Yo iba a proponerte el mío, porque Stant también está de servicio. Pero prefiero el tuyo.

Una pareja se cruzó con ellos al salir. Aunque ambos los conocían, no se cambiaron ningún saludo. Los recién llegados sólo tenían ojos para la visión de Katelh, suspendido en el espacio, a cien mil kilómetros de distancia de la nave.

* * *

Looksun dejó de pasear. Seguía mostrando su nerviosismo. Deteniéndose detrás del encargado del sistema de comunicación, le preguntó:

—¿Aún no?

El hombre se encogió de hombros. Empezaba a contagiarse del tenso ambiente que le rodeaba. Allí estaban también, además del capitán Evans y varios de los líderes de la expedición.

—Sigo probando con todas las ondas, señor. No existe señal alguna de respuesta a nuestra demanda.

—Insista en la longitud que usaron los de la anterior nave.

—Tal vez necesitan tiempo para decidir, capitán —dijo Evans.

—Maldita sea, llevamos doce horas esperando su condenada respuesta. No nos hemos olvidado de nada. Cada vez que comenzamos la llamada anteponemos la clave que los katelianos dijeron a nuestros compañeros que debíamos usar al regreso.

—De eso ha pasado algunos años, señor —dijo el técnico—. El profesor Evans debe tener razón. Este planeta no es muy visitado y lógicamente deben tomar sus medidas cuando una nave tan grande como la nuestra se les aproxima.

El hombre seguía moviendo los diales. A su derecha, dos ayudantes insistían en sus respectivos comunicadores. Uno de ellos no cesaba en lanzar constantes llamadas en la longitud llevada a la Tierra de los primeros visitantes de Katelh.

Fue precisamente en tal transmisor donde se percibió una leve señal que se convirtió en agudo silbido. Todos los presentes contuvieron la respiración y el capitán se colocó al lado en grandes

zancadas.

El joven ayudante exclamó alborozado:

—Parece inminente una respuesta, capitán.

—Abra todo el campo receptivo —le gritó el técnico.

—Lo estoy haciendo, lo estoy haciendo —el muchacho estaba nervioso y su jefe, con un ademán, le indicó que le dejara trabajar a él.

Looksun se mordía los labios mientras miraba cómo el técnico manipulaba en el comunicador. Encima del aparato, la pantalla visora continuaba lanzando destellos, pero sin determinar ningún tipo de imagen.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Looksun.

—Trato de establecer contacto visual.

—Olvídelo. Lo importante es escuchar ahora la voz de Katelh.

El técnico asintió y giró un dial. Del aparato surgió una voz clara y seca.

—Imposible de determinar. Repito, transporte de la Tierra, el mensaje. Nuestros mandos han decidido no otorgarles permiso de aterrizaje en nuestro mundo. Deberán continuar su camino su viaje inmediatamente y alejarse de aquí lo antes posible.

El capitán necesitó un largo instante para poder reaccionar. El silencio en la sala era tenso, cargado de gravedad.

—Escuche, Katelh, no hemos escuchado su mensaje total. Debe haber una confusión. Estaba prevista nuestra llegada desde hace años. Todas nuestras llamadas en las últimas horas iban precedidas del código establecido por nuestros compañeros que les visitaron anteriormente y…

—Recordamos la visita, capitán. Y también recordamos nuestra promesa de ayuda para terminarles de avituallar. Pero lamentamos denegarles permiso de descenso. Es por su propio bien que continúen su camino. Hemos meditado profundamente nuestra respuesta y no cabe posibilidad de otra. Repito que lo sentimos.

—¿Que lo sienten? —Gritó Looksun—. No puede ser verdad. Hemos escapado de la Tierra precipitadamente. Carecemos de víveres y otras muchas cosas imprescindibles para iniciar una nueva vida en un mundo que sólo nosotros conocemos. Sin su ayuda, Katelh, sería imposible.

Pereceríamos todos. Somos muchos los que viajamos a bordo de

esta nave. Estamos en sus manos.

—Sus amigos nos dejaron una copiosa lista de lo que iban a necesitar, capitán. Pero, insistimos, no deben retrasar la partida.

—Pero ¿por qué? ¿Es que ocurre algo en su mundo que nos impida descender? ¿Una epidemia?

La voz tardó unos segundos en responder. Tal vez había estado consultando con otras personas.

—No existe en nuestro mundo nada de eso, capitán. En realidad estamos velando por su seguridad.

—No entiendo…

—Una nave del Imperio llegará a estos espacios en corto tiempo.

—Imposible —dijo Looksun con un hilo de voz—. Hemos dejado al Imperio sin comunicación instantánea. El Centro saltó por los aires, así como el Núcleo. Todo. Allí quedaron nuestros registros de vuelo y… los datos para saber hacia dónde se dirigían. Deberíamos estar molestos con ustedes, capitán. Ahora el Imperio sabe que existimos.

El capitán se volvió hacia sus compañeros, trémulo. El profesor Evans carraspeó y dijo:

—Tenemos que enfrentarnos a la realidad. La remota posibilidad que temíamos pudiera existir, nos amenaza. —Dirigiéndose al comunicador, preguntó al kateliano—: ¿Están seguros de lo que dicen?

—¿Se refiere a la inminente llegada del acorazado imperial?

—Sí.

—No hay la menor duda. En pocas horas surgirá del hiperespacio. Tardará algún tiempo en localizar este planeta, pero apenas nos encuentre nos cercará. Se trata de una nave inmensa, mayor que la de ustedes.

—El general Rigot —murmuró alguien al fondo—. Debe tratarse del acorazado insignia de la Flota Imperial, el orgullo del Imperio. Contra él nada podremos hacer.

—A menos que volvamos al hiperespacio y continuemos nuestro camino hacia el destino definitivo —masculló Looksun.

—Lo cual significaría un suicidio sin los suministros —añadió el profesor Evans.

—Les escucho, señores —dijo la voz procedente del planeta—. Estamos sinceramente doloridos; pero no podemos ayudarles en

nada.

—En veinticuatro horas podemos cargar los suministros —dijo el capitán—. ¿Por qué no concretamos el pago?

Del comunicador surgió una leve risa, seguida de:

—Nos ofende, capitán. Nunca hemos discutido el precio de nuestra ayuda. Sus amigos que nos visitaron anteriormente intentaron quedarse en nuestro planeta. Al negarnos, a cambio les ofrecimos ayudarles en su huida hacia un mundo donde ustedes se sintieran libres. Créanme si les repito que al marcharse inmediatamente salvarán sus vidas. Cada instante que permanecen orbitando Katelh significa un aumento considerable de peligro para ustedes.

—Debe existir un medio —dijo Looksun—. No deseamos que padezcan daños a manos del Imperio por nuestra causa, señores. Y lamentamos que hayan sido descubiertos por la nave enemiga, pero…

—Un momento, capitán. No les estamos recriminando nada. Estamos tranquilos. El Imperio no podrá contra nosotros nada. Seguiremos libres e independientes, como hasta ahora. Esa nave armada que llegará en breve apenas nos causará leves molestias, aunque nos ataque. ¿Cómo tengo que decirles que nos preocupamos por su seguridad?

Evans apartó al capitán y dijo al kateliano, con decisión.

—En tal caso permítannos descender y tomar los suministros. Si a causa del tal demora somos capturados por el acorazado imperial, sus conciencias pueden estar tranquilas porque nos han advertidos.

Esta vez la respuesta de Katelh duró casi cinco minutos. Al cabo, la voz carente de emociones del interlocutor kateliano, dijo:

—Nuestro mando ha reconsiderado su decisión. Pueden hacer descender los cargueros.

—¿Por qué no la nave? Acabaríamos antes…

—Excesiva masa. En caso de presentarse el acorazado imperial podrían escapar los que estuvieran en ella. Les sería fácil conseguirlo estando en órbita.

El capitán frunció el ceño, sopesando las posibilidades. Soportó la mirada ansiosa de Evans y terminó asintiendo.

—De acuerdo. En una hora cerraremos más la órbita y nuestros cargueros descenderán. Necesitamos saber en qué punto del planeta

podremos posarnos. —La voz de Looksun sonó fúnebre.

El segundo navegante conectó la grabadora. El kateliano dictó las coordenadas, añadiendo:

—Les esperamos en dos horas. Tendrán preparados los suministros. El mando de Katelh les desea una feliz estancia. Saludos.

Al quedar enmudecido el comunicador, Looksun se volvió hacia el grupo de líderes de la expedición. Les dijo secamente:

—Bien, ya lo han oído. Tenemos que ponernos a trabajar, y de prisa.

Cada cual sabía lo que tenía que hacer y todos abandonaron la estancia apresuradamente. Evans se quedó junto al capitán.

—¿Lo ve todo tan extraño como yo, capitán?

Looksun asintió.

—Por supuesto. Sabemos muy poco de los katelianos. Por desgracia no viaja con nosotros ningún miembro de la expedición que los visitó y concertó la ayuda. Sólo disponemos de registros, no muy concretos.

—¿Quiénes son en realidad esa gente? No parecen temer a los imperialistas… Y, sin embargo, han logrado saber que una nave del emperador aparecerá en breve. Eso es imposible de detectarlo.

—Pero ellos parecen estar muy seguros. ¿Quién se arriesga a no creerlos? Si han dicho que nos demos prisa eso haremos.

—De todas formas la operación será difícil, capitán. Los qué viajen en los cargueros correrán mucho riesgo.

—Lo sé; es el riesgo de no poder embarcar si el acorazado se presente cuando ellos estén en el planeta.

—Lo que puede ser una suerte para ellos si en ese momento no se halla a bordo el mínimo de suministros —apostilló el profesor—. Capitán…

Looksun iba a salir al pasillo, pero se detuvo al sentir la mano del anciano sobre su brazo. Lo observó serio.

—Dígame, señor Evans.

—No deseo caer prisionero, capitán.

—No entiendo…

—Deseo un arma. Todo antes de permitir que Rigot ponga sus pezuñas encima de mí.

Looksun asintió.

—Lo comprendo. Ninguno de nosotros lo pasaría bien si lo hicieran regresar a la Tierra. Pero usted sería quien cargaría con las peores consecuencias. Le prometo, profesor, que no caerá prisionero de nuestros enemigos.

—Gracias.

CAPÍTULO VI

Los días transcurridos habían ocasionado profundas ojeras en Rigot. Apenas había dormido, permaneciendo constantemente en la sala de mando, atento a la señal y los datos del computador, siempre temiendo perder el débil rastro de la nave fugitiva.

Cuando emergieron en el espacio normal no sabía nadie a bordo del acorazado exactamente dónde se encontraban. Sólo tenían conciencia de hallarse en un punto del Universo escasamente explorado, en donde se suponía que la expansión humana aún no había llegado.

—¿Qué sabemos de este sector? —preguntó Rigot, alzando una mano para llamar la atención del solícito comandante de la nave.

—Apenas nada, general —respondió el comandante Tulet.

También él había vivido tensas jornadas, siempre pendiente de su jefe y temiendo una reacción violenta de éste en cualquier instante.

—Pero algo debe haber en los archivos —insistió Rigot, sin cesar de mirar el gran sol, aún situado a dos mil millones de kilómetros.

El comandante carraspeó.

—No a bordo, señor. Tendríamos que consultar a la Tierra… —Y añadió estranguladamente—: A las memorias del Centro.

El general se restregó las manos nerviosamente. ¿Qué habría pasado en el Imperio desde que ellos lo abandonaron, después de tantos días de navegar ciegamente por el hiperespacio? Sin las comunicaciones instantáneas el sistema establecido apenas podía durar. Sólo cabía la posibilidad de detener a tiempo el inminente desmoronamiento si él conseguía capturar al Vigilante y llevarlo ante Komur. Aquel traidor no sólo había colaborado para la destrucción del Centro, sino que con su ausencia no podría ser posible terminar el nuevo Centro a tiempo para impedir la caída del Imperio. Los desconcertados ayudantes que Evans había

abandonado tardarían aún mucho tiempo en restablecer las comunicaciones instantáneas en la galaxia.

No sería difícil obligar a Evans a colaborar nuevamente.

Y el único premio que recibiría al concluir su trabajo sería una muerte sin dolor, rápida. Rigot se movió en su sillón. Pero respecto a los demás traidores… Se humedeció los labios. Si conseguía llevar al mayor número de ellos ante Komur, éste disfrutaría inventando nuevas formas de castigarlos.

—Sólo existe un planeta habitable, señor —dijo el comandante después de repasar un papel—. Los demás del sistema no son adecuados para mantener la vida humana. Ahora lo tenemos al otro lado del sol.

Rigot entornó los ojos. Los datos sacados milagrosamente del Núcleo antes que la montaña saltara por los aires los había llevado hasta allí. Pero aún no habían localizado la nave fugitiva. ¿Realmente la iban a encontrar en aquel sistema? Podía incluso tratarse de una treta de sus enemigos para despistarles, mientras ellos, después de una corta parada, reemprenderían de nuevo la fuga. Y si lo hacían ya no podría volver a seguirles, porque su nueva trayectoria sería trazada sin necesidad de la ayuda del Núcleo.

Aquella zona estelar estaba muy apartada de las rutas normales de la galaxia imperial. No era lógico que los fugitivos la hubieran elegido si pretendían librarse para siempre de la persecución del Imperio. Pero no debía olvidar que ellos no podían saber que él había conseguido extraer del Núcleo su ruta antes de la destrucción.

De todas formas tenían que perder un tiempo precioso rastreando aquel sistema solar, hasta localizar la nave.

—Quiero acercarme a ese planeta —dijo el general pausadamente, para que el comandante entendiera bien sus órdenes —. Todo el mundo deberá estar de servicio permanente, activando los detectores. Que se instalen equipos adicionales para que ningún metro cúbico de este espacio quede sin rastrear.

Dejó de mirar hacia la pantalla y paseó la vista por la sala. Notaba a sus hombres cansados, con los nervios a punto de estallar. Pero no podía dejarles descansar ni un minuto. No ahora, al menos, teniendo tan cerca a sus enemigos.

Durante los días pasados, Rigot había tenido tiempo de meditar profundamente. El complot al cual pertenecía Evans —no sabía si

era o no su jefe principal— habíase creado hacía mucho tiempo, pero a pesar de su secreto y perfecta coordinación, había existido un fallo. Tenía que ser así. El grupo disidente tenía una gran nave dispuesta cerca de la Luna, pero según había averiguado, estaba allí desde hacía mucho tiempo, en teórico período de reparación. Empero, a ella no había arribado gran cantidad de vituallas y casi nada de lo que precisaría un numeroso grupo que tuviera el proyecto de colonizar un nuevo mundo.

Por lo tanto, Rigot pensaba que aquella parada sólo era para recoger una gran cantidad de mercancías, que durante años pudieron llevar allí en secreto y no muy grandes cantidades desde la Tierra u otros puntos del Imperio.

Y si no era como pensaba, sino que aquel mundo de características ambientales terrestres era su punto de destino definitivo, mejor.

* * *

Steiner acudió a recibirlos. Parecía cansado y apenas logró dibujar una sonrisa de bienvenida.

—Hola, amigos. Katelh os da los saludos de rigor.

Paul terminó de bajar del carguero y miró en torno suyo. Se volvió hacia Steiner, preguntando:

—¿Dónde están?

—¿Los katelianos? —Steiner se encogió de hombros—. No los busques. Yo ya he hecho seis viajes y sólo los vi la primera vez.

—¿Cómo son? —Preguntó Nuria—. ¿Guapos?

—Fríos como un témpano —masculló Steiner. Se limpió las manos sucias en las piernas, también sucias, de su mono y echó a caminar.

Paul seguía mirando cuanto le rodeaba. Estaba visiblemente decepcionado. Esperaba encontrar otra cosa. Cualquier cosa, excepto aquello. Durante dos días había estado deseando tener la ocasión de bajar hasta el planeta, lleno de curiosidad. Después de intentarlo por todos los medios, insistiendo al jefe de personal, se preguntaba si había valido la pena.

Sólo quedaban por hacer poco menos de la mitad de los viajes proyectados para llevar a la nave todo el material. Aunque iban un poco retrasados respecto al tiempo previsto, todos confiaban en

lograr marcharse de allí antes que apareciese la temida nave imperial.

El carguero conducido por Paul había descendido en el lugar indicado por los katelianos, en donde habían dispuesto un puerto espacial precipitadamente. Era un llano, casi un desierto, en donde sólo se veían escasos arbustos de extraña configuración.

—Me imaginaba esto de otra forma —dijo Nuria, disgustada.

—Yo también. Pero no todo el planeta es así. Existen valles hermosos —dijo Steiner—. Pero nuestros anfitriones nos han traído al lugar más miserable de este mundo.

—¿Como si temieran que contamináramos sus zonas residenciales? —concluyó Paul irónicamente.

Steiner se alzó de hombros.

—No lo sé. Es posible. —Señaló con la mano hacia delante—. Ahí están, los cobertizos que guardan los alimentos, semillas y utensilios. Ahora están cargando unos camiones. Todo es automático, muchacho. Ellos están encerrados en unas casamatas alejadas. Van y vienen, sin apenas dejarse ver.

Un par de vehículos surgieron de los cobertizos y se dirigieron hacia el carguero posado a un kilómetro del que había tripulado Paul. Allí esperaban los pilotos, que se limitaron a abrir las compuertas. Los camiones penetraron en la bodega y salieron al cabo de unos instantes. Paul silbó admirativamente ante la rapidez de la maniobra.

—Así es todo, Paul —asintió Steiner—. Envían los camiones, esos chismes silenciosos que nadie tripula. Las cajas se vacían dentro del carguero y éste puede partir ya.

Nuria soltó una carcajada.

—Parece que no tendrás tiempo de descubrir nada, cariño —Paul le dirigió una mirada molesta. La muchacha explicó a Steiner—: No sabes lo que ha trabajado Paul para conseguir bajar al planeta. Y todo para nada. ¿No es lamentable?

El carguero cerró las compuertas y despegó levantando una densa nube de polvo. Steiner señaló el otro navío que quedaba en el desierto, además del de Paul.

—Ahora llenarán el mío y tendré que marcharme. Si me demoro un solo segundo más me comunicarán que me dé prisa.

Habían llegado casi a la entrada de los cobertizos y Steiner hizo

detener a Paul agarrándole de un brazo.

—Eh, no te acerques más. Éste es el límite permitido para nosotros por los katelianos.

Paul tenía el ceño arrugado. El carguero que había despegado ya se perdía entre las nubes. Se sentía profundamente decepcionado. No quería encontrarse con la mirada burlona de Nuria.

Conversaron de cosas triviales durante un instante. Paul notó que Steiner comenzaba a impacientarse. Al preguntarle qué le sucedía, su amigo respondió, sin cesar de mirar hacia la salida de los cobertizos:

—Se están demorando demasiado. Los camiones ya debían de haber llenado mi carguero. —Miró su reloj—. Ya llevan más de cinco minutos de retraso.

—¿Comienza a fallar la puntualidad de Katelh? —Dijo Nuria—. Pues yo estoy deseando marcharme de aquí. Este calor es insoportable, y seguramente la noche en este desierto será fría…

Calló cuando Paul indicó en dirección a la parte posterior del cobertizo. De allí surgió un estilizado vehículo que flotaba en el aire. Parecía un coche, de plata y reluciente a los últimos rayos del atardecer.

—Esto es inaudito —musitó Steiner—. Son los katelianos. Vienen hacia nosotros. Algo ha debido suceder. Algo muy gordo.

El vehículo se detuvo a unos doce metros de ellos y una sección de él se abrió, saltando a tierra una figura, alta y totalmente cubierta por una túnica color crema. La capucha cubría casi totalmente sus facciones.

—Olvidé deciros que nunca muestran su rostro —murmuró Steiner a sus amigos.

El kateliano se plantó a dos pasos de ellos y dijo:

—Os traigo malas noticias —su voz sonaba seca, casi molesta—. Nuestro mando a pedido a vuestra nave que parta de inmediato.

—¿Qué sucede?

—Una nave del Imperio ha comenzado a orbitar nuestro planeta. Está al otro lado, pero en menos de una hora tendrá a tiro a la vuestra. Si para entonces aún permanece en la misma posición le será imposible alejarse lo suficiente para escapar por el hiperespacio.

Steiner soltó una maldición.

—Maldita sea —añadió apretando los puños—. Tendremos que marcharnos y…

—Ya es tarde. Sólo hemos dado a vuestro capitán Looksun cinco minutos para decidir. No tenéis ya tiempo de regresar. —El kateliano les tendió una esfera que parecía disponer un extraño fuego en su interior, añadiendo—: Podéis hablar con los vuestros. Aún os quedan dos o tres minutos.

Paul tomó la esfera. La notó cálida entre sus manos. Al mirarla estúpidamente, el kateliano le instó a apresurarse, explicándole:

—Habla. Aunque no verás ninguna imagen, en la nave te escucharán y tú podrás hablarles.

Sintiéndose un poco en ridículo, Paul dijo a la esfera:

—Habla Jordans. ¿Quién puede oírme?

Del interior del fuego que ardía en su interior surgió la conocida voz de Looksun.

—Me siento muy mal al teneros que informar que estamos terminándolo todo para marcharnos. Los katelianos nos han informado hace diez minutos de la presencia del acorazado imperial. No hay tiempo ya de que regreséis. No hay otra salida. Nosotros lo sentimos…

—¿Qué ha pasado con el carguero que despegó de aquí hace veinte minutos? —preguntó Steiner acercando la boca a la esfera.

—No podremos recogerle. Ya he hablado con sus pilotos y regresarán a Katelh.

—Se acaba el tiempo —recordó, impasible, el kateliano.

Paul manoseó nerviosamente la esfera.

—Lo comprendemos, capitán —dijo huecamente—. Y os deseamos suerte. Confío que dispondréis de suficientes suministros.

—Sí, desde luego. Hasta la vista, amigos. Os prometemos volver… —Looksun hablaba roncamente, visiblemente emocionado —. Los katelianos ya nos advirtieron. Hemos arriesgado mucho.

—Marchaos antes que la nave imperial os envíe un dardo —casi gritó Steiner, a cada momento más nervioso.

El kateliano les arrebató la esfera.

—Ya no es posible seguir hablando. Vuestra nave se estaba alejando de este planeta. Si tiene suerte conseguirá alejarse lo bastante y alcanzar el hiperespacio, antes que nuestros enemigos se den cuenta que han sido descubiertos. Suponemos que están tan

confiados que se llevarán una sorpresa cuando vean que la presa se les ha escapado.

Del carguero de Steiner llegó corriendo el otro piloto. Jadeante, dijo haberlo escuchado todo por su transmisor. Luego fue ya incapaz de añadir nada más.

El kateliano ocultó la esfera entre los pliegues de su túnica y empezó a regresar al vehículo. Steiner le gritó:

—¿Qué podemos hacer ahora nosotros?

El hombre se volvió lentamente.

—Es vuestro problema. Nosotros os advertimos del riesgo que corríais. Nos hemos limitado a cumplir con nuestra palabra. Ya tenéis los suministros. Mejor dicho, lo tienen los que ahora intentan escapar.

—¿Podríamos saber si ellos al menos consiguen escapar?

—Desde luego. Si volvéis a tener noticias de nosotros es que han fracasado. En caso contrario, se hallarán libres.

Nuria se adelantó, furiosa.

—Pero no pueden dejarnos en este desierto.

El kateliano apuntó al grupo de fugitivos con un delgado dedo.

—Oídme bien. No pienso repetirlo otra vez. Nosotros hemos cumplido con lo que hace años se pactó con vuestros compañeros. Ninguna obligación nos liga ya. En el cobertizo tenéis comida y vehículos. No os aconsejo que intentéis usar los cargueros. Serían rápidamente localizados por vuestros enemigos. A unos cien kilómetros al norte existen bosques, en donde os será más fácil ocultaros.

—Pero ¡qué clase de hospitalidad y qué gentes viven en este mundo que no son capaces de darnos refugio en vuestras ciudades! —Gritó Nuria—. Del acorazado imperial desembarcarán tropas y nos localizarán. Y os aseguro que vosotros tampoco lo vais a pasar nada bien.

—No os preocupéis por nosotros. Vuestra suerte nos trae sin cuidado. Nuestro mando cometió un error cuando años atrás os prometió ayuda. Empero, a partir de este momento, cumplido el compromiso, vosotros no existís para nosotros. Dejadnos en paz.

El kateliano se introdujo en el vehículo, que partió raudamente, perdiéndose al otro lado del cobertizo. Paul corrió y vio que se dirigía hacia una casamata metálica, penetrando en ella. A

continuación, la construcción esférica se elevó en el aire y se perdió en dirección norte.

Steiner resopló.

—Bueno, pues ya sabemos cuál es la situación.

—No puede ser más lamentable. ¡Malditos tipos! —rezongó Paul.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Huir hacia esos bosques después de coger toda la comida que podamos?

—No olvidemos al carguero que no ha podido escapar. No tardarán en regresar —dijo Steiner, encaminándose hacia el cobertizo. Después de echar un vistazo al interior, añadió—: Bien. Los camiones nos servirán para viajar por el desierto. Los podemos ir cargando con todo cuanto podamos, Mientras tanto esperaremos el regreso del carguero.

CAPÍTULO VII

Habían trabajado como locos y en un tiempo mucho más corto de lo que previamente habían supuesto, consiguieron llenar dos camiones con todo cuanto pensaron podía serles útil para supervivir una larga temporada en la jungla.

Los contenedores les habían dado ciertos problemas para abrirlos, hasta que Nuria logró hallar la forma de hacer funcionar el cierre de forma rápida.

—Si al menos dispusiéramos de algunas armas… —se lamentaba Steiner, mientras miraba insistentemente hacia el cielo.

Aunque no lo había dicho, los demás sabían que estaba preocupado por la tardanza del carguero. Según sus cálculos ya debía estar de regreso. La noche estaba cayendo y a ninguno le hacía la menor gracia viajar en la oscuridad.

El ayudante de Steiner, Robbie, se paseaba inquieto delante de la cabina del camión que le correspondía conducir. Aquél había sido otro problema que al principio habían temido fuera insuperable. Pero por suerte, los camiones, además de ser teledirigidos por los katelianos, disponían de mandos manuales, que se establecía después de una simple desconexión. Dentro de los cobertizos había quedado un total desorden. Varios contenedores estaban vaciados anárquicamente, y los robots locales yacían en el suelo, al parecer desactivados desde que los aborígenes se marcharon, dando por terminada la operación de carga.

Robbie dijo:

—Estamos corriendo un grave riesgo quedándonos aquí tanto tiempo. Si nuestra nave ha logrado escapar, como es de esperar, nuestros enemigos pueden averiguar fácilmente cuál ha sido el punto desde el cual han estado operando los cargueros.

Paul lo miró furibundo.

—¿Piensas dejarlos aquí cuando desciendan?

—Maldita sea, Paul; no es ésa mi intención, pero ellos están navegando con el comunicador cerrado. Ya sabes que he estado intentando llamarlos. ¿Por qué no contestan?

—No son tontos —repuso Steiner—. Si lo hace serán descubiertos en seguida, y si la nave imperial ha comprendido que su presa mayor se les ha escapado, rastrillará el planeta entero…

Un grito de Nuria hizo callar a Steiner. La muchacha indicaba hacia un lugar del ceniciento cielo. Una diminuta luz parecía brillar con mayor intensidad que las vacilantes estrellas que comenzaban a surgir en la noche.

Absortos, con la respiración cortada, todos miraron hacia arriba. De súbito, el minúsculo punto de luz adquirió mayor tamaño y potencia. Unos segundos después desapareció.

Los cuatro fugitivos abandonados en Katelh se miraron entre sí. No era preciso ningún comentario porque todos sabían lo que había sucedido, pero Robbie, mascullando, dijo:

—Los han cazado.

—Ya no tenemos que estar aquí —dijo Paul—. Ahora es inútil que nos llevemos los dos camiones; con uno tendremos suficiente.

Steiner asintió.

No volvieron a hablar hasta un buen rato después, cuando las improvisadas instalaciones quedaron muy atrás. Aunque el camión no llevaba cuentakilómetros, Paul calculó que Robbie los había llevado a unos veinte cuando Nuria rompió el tenso silencio.

—Me pregunto si esos malditos les dieron una oportunidad de rendirse antes de hacerlos volar.

Paul la tomó por los hombros. Mirando hacia el frente, queriendo ver más allá de la potente luz de los faros, respondió:

—Es posible que hayan intentado capturarlos vivos; pero nuestros amigos comprendieron que sería preferible no dejarse coger vivos.

—Eso tendremos que hacer nosotros si nos vemos en peligro. Robbie, ¿queda mucho para llegar a esos malditos bosques?

—Si no nos hemos equivocado siguiendo los extraños indicadores de este trasto, llegaremos antes de una hora. El camino no es para correr demasiado.

Paul se preguntaba si la luz de los faros sería suficiente para que los imperialistas los descubrieran desde las alturas. Tal vez varias

naves de desembarco estuvieran explorando el planeta. Una luz movible en plena oscuridad, mientras cruzasen aquel llano exasperante, era un peligro constante. También podía ocurrir que el enemigo aún no hubiera calculado el lugar aproximado donde habían estado operando los cargueros. La unidad destruida no había sido aniquilada en la vertical del improvisado campo, lo que les daba cierto margen de tiempo. Una vez inmersos en el bosque sería muy difícil a los perseguidores localizarlos.

* * *

Rigot miró fijamente a sus oficiales, todos cuadrados delante de él, aguardando con impaciencia y temor las órdenes.

—Estoy seguro que han quedado traidores en este planeta, señores —dijo el general—. No sabemos su número, pero ese carguero que prefirió ser destruido antes de rendirse se dirigía hacia cierto lugar en el continente sobre el cual estamos. Aunque no hayamos localizado concentraciones urbanas, no hay duda que alguien ha estado ayudando a pertrechar a los fugitivos. Tal vez vivan bajo tierra y dispongan de un camuflaje perfecto. De todas formas tarde o temprano descubriremos algún fallo.

»Ha de haber algo parecido a un campo espacial. Quiero que salgan todas las naves de patrulla y rastreen esta sección. —Una sección de la pared mostraba el continente mayor del planeta. Indicó con un puntero luminoso un lugar—. Comenzaremos aquí e iremos ampliando el círculo. La unidad que descubra algún indicio importante deberá comunicarlo a la nave y yo daré las instrucciones pertinentes. Diez compañías de desembarco estarán dispuestas para intervenir en los puntos que sean precisos. Recuerden que quiero coordinación y eficacia.

Hizo un gesto y los oficiales empezaron a salir de la sala. El comandante del acorazado permaneció al lado del general.

—¿No se le ha olvidado, señor, indicar cuánto tiempo durará la búsqueda? La gente comienza a mostrar cansancio…

Rigot fulminó con la mirada a Tulet.

—¿Tengo que volver a repetir que el emperador nos despellejará si regresamos con las manos vacías? No se conformará con saber que hemos destruido un carguero de la nave que perseguimos, la cual se nos ha escapado de entre las manos por el hiperespacio. —

Golpeó la mesa, añadiendo—: Los teníamos a nuestro alcance. Era imposible que nos hubieran descubierto. Sin duda, lo hicieron desde la superficie de este planeta. De no haber sido así hubiéramos podido impedirles utilizar su sistema de impulsión tan cerca de un cuerpo celeste. Se han arriesgado a saltar en millones de partículas con tan temeraria operación.

Tulet se dijo que los fugitivos no tenían otra alternativa que jugarse la vida. No le gustaría estar dentro del pellejo de alguno de ellos si caía en las manos del general.

—No sabemos si los habitantes de este mundo reaccionarán violentamente ante nuestra presencia hostil, señor —dijo Tulet mirando intranquilo la superficie que mostraba la gigantesca pantalla.

—Estaños a bordo de un acorazado del Imperio, comandante. Usted sabe tan bien como yo el enorme poder de destrucción que disponemos. Nuestros Sistemas de detección nos avisarán con tiempo cualquier intento de agresión desde la superficie. Y si se atreven no dudaré en arrasarlo todo.

Tulet arrugó el ceño.

—Tal vez los fugitivos dispusieran en ese mundo de una base de aprovisionamiento, y no haya nadie con vida aparte de los que se han quedado sin poder reembarcar.

—Lo dudo —replicó el general moviendo la cabeza—. Aquí debe vivir una colonia humana que ha ayudado a la nave traidora. Ellos no se decidieron a refugiarse aquí, prefiriendo internarse más en la galaxia desconocida. Temen al poder imperial.

—Pero ahora han dejado en una situación apurada a sus aliados.

—Es cierto. Y lo pagarán caro por ayudar a los enemigos del emperador. Pero de eso nos ocuparemos cuando hayamos cumplido con la parte más importante de la misión.

* * *

Los ocupantes del camión respiraron aliviados cuando la luz de los faros les mostró el comienzo de un denso bosque compuesto de árboles de grueso tronco y gran altura. Pero entre ellos había suficiente espacio para que el vehículo siguiera avanzando.

Robbie había disminuido la velocidad al mínimo y conducía en zigzag. Steiner le tocó el hombro, diciéndole:

—Creo que es suficiente. Podemos pasar la noche en este claro. Dormiremos dentro del camión. No sabemos si existen animales feroces.

Robbie hizo mover las luces de los faros y rastreó el contorno. Vieron, alarmados, correr unas fugaces figuras hacia la oscuridad, pero Paul dijo:

—Los peligrosos serán los que no corren de nosotros. De todas formas bajaré y echaré un vistazo.

—Yo te acompañaré —dijo Steiner. Tomó dos barras de acero de detrás de los asientos y entregó una a Paul.

Bajaron de la cabina y Paul pisó con precaución la hierba. Era alta, llegándole hasta casi las rodillas. Apretó con fuerza la barra y anduvo unos pasos.

—¡Paul, Steiner, a vuestras espaldas! —gritó Nuria intentando salir de la cabina, pero Robbie se lo impidió.

Una figura cubierta totalmente por una larga túnica color crema y la cara oculta por una amplia capucha caminaba hacia ellos resueltamente.

—Demonios, ese kateliano parecía estar esperándonos —musitó Paul, respirando aliviado.

Aunque conocía poco de los nativos, la presencia confiada del hombre le tranquilizaba.

—Habéis tardado —dijo el nativo. Se había detenido justamente en un lugar donde no alcanzaban las luces del camión.

—El camino no estaba demasiado bien señalizado —replicó Paul con sorna.

—¿Qué ocurre ahora?

A la pregunta de Steiner, el kateliano respondió:

—Quiero ayudaros.

Cualquier otra respuesta hubiera sorprendido menos a los dos terrestres.

—¿Bromea? Espere un momento… Usted no es el mismo que nos dejó abandonados en el desierto.

—No. Me llamo Tau-Burol y pertenezco a los Originarios.

—¿Quiénes son los Originarios?

—Sería inútil explicarles ahora los pensamientos de nuestra logia. Digamos que no estamos muy conformes con el proceder de los mandos de Katelh.

—¿Insinúa que repudian la escasa ayuda que nos han proporcionado sus compatriotas?

—De alguna forma, sí. Pueden arrojar esas barras de metal. No es mi propósito hacerles daño. Y apaguen las luces.

Desde el aire son muy visibles; y las naves imperiales están rastreando esta zona.

Del interior del amplio pliegue de su manga, el hombre de Katelh sacó una diminuta esfera que esparció una apagada luz roja en todo el claro del bosque, pero de suficiente intensidad para que ambos pudieran apreciar el contorno.

Robbie debió haber estado escuchando la conversación, pues apagó las luces y descendió de la cabina, seguido de Nuria.

—Esto no podrán verlo sus enemigos —dijo Tau-Burol—. No los encontrarán aquí, al menos-que los hayan descubierto mientras llegaban. La luz roja desaparece a los treinta metros de distancia, como si no existiera.

—Ahora hablemos de su ayuda.

—Este bosque es un buen sitio para esconderse, pero existen alimañas. Les he traído armas para que se defiendan. Supongo que habrán cargado el vehículo con suficientes provisiones, pues no estoy muy seguro del tiempo que tendrán que permanecer aquí. De todas formas confío en que no será mucho. Mis correligionarios están intentando convencer a los mandos para que la ayuda que podamos prestarles sea más eficaz. Entonces volveré a buscarlos para conducirlos a nuestras ciudades.

Paul arrugó el ceño. Y lo hizo más cuando Tau-Burol les tendió seis objetos parecidos a pistolas energéticas. El kateliano explicó someramente su funcionamiento.

—Son muy poderosas. Deben utilizarlas solamente para defenderse —pareció emitir una sonrisa burlona al agregar—: No intenten usarlas contra mí o contra cualquier kateliano. Sería peligroso… para ustedes.

Paul la sopesó entre sus manos. Parecía muy ligera, con marcada semejanza a las conocidas pistolas láser. Tal vez, excesivamente frágil, de corto cañón.

—¿Por qué usted y los llamados Originarios no intervinieron antes, cuando aún nuestra nave no había tenido que emprender la huida? Pienso que ustedes podrían haber impedido al acorazado

imperial acercarse al planeta.

—Es posible. Pero no estábamos en condiciones aún de convencer a los mandos. Ahora es preciso que llamemos a los suyos, para que regresen. En estos momentos disponemos de una poderosa razón para poner en marcha nuestros proyectos.

—¿Por qué ahora sí?

—Porque su nave se encuentra en grave peligro. Si no sale del hiperespacio pronto se destruirá.

—¿Quiere decir que la destruirán?

—No. Su nave ha tomado un rumbo equivocado. Con la precipitación en la huida, su capitán Looksun ha detallado mal la ruta. Se precipitará en un sol gigantesco antes de cincuenta horas.

Steiner meneó la cabeza, alzó la mano y dijo:

—Un momento. Lo que dice no puede ser cierto. Nadie puede seguir el rastro de una nave por el hiperespacio. Ustedes no podían saber la ruta marcada por Looksun al partir.

—¿Está seguro? —inquirió el kateliano.

Y Steiner cerró la boca. Los habitantes de aquel planeta eran seres extraños, de comportamiento impredecible y tecnología imposible de establecer.

—Será mejor que le escuchemos —susurró Paul—. Parece saber lo que dice.

Tau-Burol demostró poseer un finísimo oído.

—Gracias. Es usted comprensivo —dijo, inclinando levemente la cabeza.

—Pero entonces morirán sin remedio —estalló Steiner.

—Aún podemos salvarlos. Nuestros mandos tendrán que decidir pronto si les ayudamos o no. En caso afirmativo les enviaremos un mensaje, pidiéndoles que vuelvan.

—¡Eso es imposible! No se puede contactar con una nave que navegue por el hiperespacio…

Steiner calló al notar sobre sí la mirada furibunda de Paul, que parecía quererle decir que dejase hablar al nativo.

—Deje ese problema en nuestras manos —repuso Tau-Burol—. Ahora debo dejarles. Tendrán noticias mías cuando sea preciso.

El kateliano les volvió la espalda y se internó en la espesura. En el suelo había dejado la esfera que irradiaba la fantasmagórica luz. Se enfrentó a la oscuridad. No vio a Tau-Burol.

Regresó junto a sus compañeros, murmurando:

—Ha desaparecido.

—Tendría algún vehículo cerca. —Steiner se encogió de hombros—. Ya sabes que no hacen ningún ruido los motores de estos tipos.

—¿Y eso? —preguntó Robbie señalando el camión.

—Parece que lo hicieron especialmente para nosotros. Ahora durmamos unas horas. ¿Os parece que montemos guardia?

Todos estuvieron de acuerdo. A pesar de las protestas de Nuria que no quería tener ningún privilegio, a ella la dejaron para el último turno, que coincidiría con el amanecer.

* * *

Paul se despertó de un salto. Estaba amaneciendo. Había hecho el segundo turno, relevándole Steiner, quien a su vez tenía que llamar a Nuria para que ella se encargase de despertarlos a todos.

Tenía el cuerpo dolorido, debido a la incomodidad de haber permanecido durmiendo en mala posición, encogido entre las cajas de provisiones. Steiner y Robbie aún dormían.

Se alarmó al no ver a Nuria. Saltó del camión y corrió hacia la cabina.

Entonces escuchó el alarmante rumor.

Luego vio a Nuria correr hacia él, demudada.

—Nos han descubierto —jadeó la muchacha al verle.

—¿Qué has visto?

Nuria no tuvo oportunidad de responderle. El primer soldado imperial surgió de entre las espesuras, deteniéndose al descubrirlos. Parecía tan asombrado como ellos.

—¡Tiraos al suelo! —gritó Steiner desde el interior del camión.

Paul empujó a la muchacha y mientras él rodaba por la hierba, un ramalazo de fuego pasó por encima de su cabeza. No había dejado de mirar la figura armada del soldado y observó perfectamente como éste, al tocarlo el rayo del arma de Steiner, quedaba rodeado de una nube verde, que rápidamente se esparció.

Contuvo un gemido de asombro en su garganta. El soldado había desaparecido. Entonces Paul empuñó el arma del kateliano y la miró respetuosamente. Era un arma limpia, mucho más que los rayos lásers, con su secuela de cuerpos quemados y malolientes.

—Son muchos más —dijo Nuria incorporándose—. Ese soldado sólo era un explorador.

—Entonces debemos marcharnos de aquí inmediatamente —gorjeó Robbie. Se detuvo y preguntó—: ¿Usamos el camión?

Paul se mordió los labios. El enemigo podía estar rodeando el claro. ¿Hacia dónde dirigirse? Posiblemente habían sido descubiertos en la noche, mientras huían hacia el bosque. Tau-Burol habló de que navecillas exploradoras del acorazado estaban rastreando la zona…

Más figuras salieron al calvero. Eran unos quince soldados. A sus espaldas también había más enemigos. Parecían indecisos, remisos a dispararles.

Saltaron Paul y Nuria a la cabina, mientras que Steiner y Robbie lo hicieron al interior de la parte trasera. Desde allí, Steiner recomendó:

—No disparar mientras ellos no lo hagan. No parecen disponer de armas pesadas y el metal de este trasto parece sólido.

Paul frunció el ceño, no compartiendo con demasiado entusiasmo la confianza de su amigo.

Agazapados en la cabina, los dos compañeros observaron cómo los soldados corrían a refugiarse detrás de los gruesos troncos. Un minuto después podían afirmar que estaban rodeados.

—Ahora sería una locura intentar huir con el camión. Estamos atrapados.

—Maldito sea ese Tau-Burol —masculló Robbie—. ¿No dijo que este bosque sería un buen lugar, muy seguro, para escondernos? Pues me temo que no va a encontrarnos cuando regrese aquí… Si es que en realidad tenía intención de hacerlo…

También Paul se preguntó si aquel extraño personaje, autotitulado Originario, iba a prestarles alguna ayuda a ellos o a sus compañeros en la fugitiva nave, que según Tau-Burol estaba en peligro de incrustarse en una estrella gigante.

Se produjo un nuevo movimiento entre el enemigo. Varias veces Paul estuvo tentado de hacer uso de su arma, tantas como pensó que tenía a algunos soldados en condición óptima para aniquilarlos. Pero era mejor esperar. Mientras ellos no disparasen…

Cuando menos lo esperaban, una voz tronó en el bosque.

—Oídme bien. Soy el general Rigot. No tenéis ninguna

posibilidad de escapar. Cientos de soldados rodean el claro. No es mi intención mataros. Quiero devolveros a la Tierra vivos; pero me es igual presentar vuestros cadáveres al emperador si ofrecéis resistencia.

—Debemos ser muy importantes —susurró Paul—. El propio general ha descendido de su poderoso navío para hacernos sus prisioneros.

—¿Le mando una respuesta adecuada a su rango? —preguntó Robbie agitando la mortífera pistola.

—Si supiéramos donde está exactamente… —dijo Steiner—. Pero eso no nos ayudaría en nada.

—No tenemos intención alguna de rendirnos, general —gritó Paul—. Preferimos morir antes que consentir caer en tus garras.

Hubo una corta pausa antes que la amplificadora voz de Rigot respondiera:

—Tenéis mi palabra que llegaréis vivos a la Tierra. Hasta puedo garantizaros cierta benevolencia del emperador si accedéis a colaborar conmigo.

Los cuatro amigos se miraron entre sí. Paul dijo:

—Es fácil saber lo que espera de nosotros. Tal vez piense que podemos darle información para atrapar al resto de los compañeros y, sobre todo, al profesor.

—Seguro que se alegraría mucho al saber la verdad. La nave se destruirá si los katelianos no la advierten a tiempo.

Y en el caso de regresar a Katelh estaría él esperándola. Caerían todos en su poder.

—Vete al infierno, general. Envía a tus esbirros a por nosotros, y ponte tú al frente de ellos.

—Sois unos locos —respondió el general, irritado—. Si caéis en mis manos hablaréis de todas formas; sabéis que tengo medios para hacerlo. Me es igual llevaros a la Tierra convertidos en vegetales, una vez que sepa lo que quiero.

Furioso, Paul disparó dos veces hacia el lugar donde creía que procedía la voz. Dos árboles y algunos arbustos se convirtieron en humo. Luego vieron a varios soldados correr en busca de nuevas posiciones.

—Atacarán en seguida —dijo Steiner, después de recomendar calma.

Indudablemente, el general debía estar nervioso. Aquel mundo parecía inquietarle. Aún no había visto a sus habitantes, ni vislumbrado ninguna clase de urbe o concentración de viviendas que pudiera considerársele como una ciudad. Tan sólo una improvisada pista de aterrizaje y unos cobertizos con abundantes restos de vituallas y pertrechos para comenzar la colonización de un planeta.

Rigot se había apresurado a desembarcar apenas le comunicaron que habían sido descubiertos unos humanos que huían hacia un bosque a través de un desierto. Allí habían pasado la noche, según aseguraron los ojeadores.

Ordenó que las fuerzas más cercanas se dirigieran hacia allí e impidieran que los fugitivos se esfumasen. Al frente de un pelotón se presentó allí y respiró aliviado cuando le dijeron que las personas que perseguía aún permanecían en el interior del camión.

Rigot podría apoderarse de aquel grupo fácilmente. Sólo necesitaba gasear el claro y hacerlos dormir. Pero el equipo estaba aún en el acorazado, y tardaría varias horas en disponer de él. Y no estaba dispuesto a perder tiempo inútilmente. ¿Qué sabía él de los pobladores de Katelh? Si había ayudado una vez a los traidores podían volver a hacerlo. Y desconocía su poder. A bordo del acorazado poseía mucho poder, pero en tierra, al frente de un puñado de soldados no las tenía todas consigo.

Ordenó a sus oficiales que, comenzasen el ataque, frunciendo aún el ceño preocupado porque habían presenciado el poder de las armas que disponían los fugitivos. No eran pistolas lásers, sino algo endiabladamente potente, capaz de desintegrar los corpulentos árboles que servían de protección a sus hombres.

Un oficial, jadeante dentro de su coraza, se arrastró hacia él. Rigot le miró furioso. ¿Por qué no había comenzado ya el ataque?

—Señor, deseo que me indique si desea capturarlos con vida.

Rigot, después de pensarlo unos segundos, replicó:

—Con uno de ellos me basta. Pero, no olvide, capitán, quiero al menos uno con vida. No me importa qué les ocurra a los demás.

Asintió el oficial y se retiró. Un minuto más tarde comenzaron a disparar desde el camión contra los soldados lanzados al ataque.

CAPÍTULO VIII

Los grilletes magnéticos se cerraron sobre las muñecas de Paul, haciéndole soltar un grito de dolor. Los soldados no fueron más considerados que con él a la hora de hacer lo mismo con Nuria. Sólo con Steiner, herido en el brazo derecho, anduvieron con más cuidado.

Paul echó un último vistazo hacia el amasijo que fue Robbie, alcanzado en las postrimerías del combate por varias andanadas enemigas al mismo tiempo. Vio como sus restos eran metidos en una bolsa de plástico. Dos soldados la arrastraron hacia el interior del bosque.

Al mismo tiempo que se acercaba a los prisioneros el general Rigot, en un extremo del calvero se posaron dos naves de exploración. Un pelotón de soldados fue recogiendo sus muertos en el combate.

—Debería mataros aquí mismo —silabeó el general plantándose ante los tres amigos.

—¿Por qué no lo hace? —preguntó Steiner en un hilo de voz, contrayendo el ceño.

La diestra del general sacó la pistola de la funda, elevando el cañón hasta los ojos del herido.

—Sí, ¿por qué no? —Rió entre dientes—. Con dos me sobran…

Steiner se mordió los labios, haciendo un profundo esfuerzo para seguir manteniendo abiertos los párpados.

Muy despacio, el general bajó el arma, sin dejar de sonreír.

—Tengo, sin embargo, algo mejor para ti —dijo—. Tú sabrás lo mismo que estos dos. Empezaré contigo.

Se volvió hacia el capitán, haciéndole un gesto imperioso.

De una de las naves de exploración bajaron unos hombres vestidos de verde claro. Parecían enfermeros a primera vista, pero Paul adivinó lo que eran realmente.

En unos segundos instalaron una especie de sillón, al cual obligaron a sentarse a Steiner. Los hombres vestidos de verde claro se movieron con eficacia, conocedores de su trabajo. Rápidamente Steiner estuvo atado al sillón y varios electrodos en su cabeza, que finalmente fue cubierta por un liviano casco transparente.

—Es usted un cerdo, general —dijo Paul.

Rigot le fulminó con la mirada, pero recuperó pronto su compostura. Sin dejar de observar los preparativos que los técnicos hacían en Steiner, comentó displicentemente:

—Estoy tan impaciente por conocer lo que ustedes saben que pedí trajeran este maravilloso equipo. Sin necesidad de regresar al acorazado me dirán todo cuanto sepan. Si me conformo con lo que diga su amigo ustedes podrán regresar a la Tierra con las mentes sanas. En caso contrario seguirá la señorita. Mientras tanto, Paul Jordans, usted puede ir meditando sobre la conveniencia de hablar por su propia voluntad. Nos ahorraríamos tiempo… y un espectáculo desagradable.

Paul miró a Steiner. Le veía decidido a todo, manteniendo fuertemente apretados los labios. Sabía de la existencia de algunas mentes que podían resistirse a la sonda mental, pero a cambio de ser destruida mucho antes y de forma más irreversible.

Un técnico levantó la mirada esperando autorización al general para comenzar la sesión. Rigot la otorgó con un leve movimiento de cabeza.

—¡Un momento! —gritó Paul, preguntándose perplejo qué estaba intentando hacer. A su lado, Nuria le miraba totalmente sorprendida.

En medio del dolor que el brazo herido le producía, Steiner dijo a Paul:

—¿Es que te has vuelto loco? Maldito seas si abres la boca…

Uno de los hombres que estaba a su lado movió un dial situado al lado del sillón y Steiner se inclinó hacia delante, inmóvil. Rigot se apresuró a aclarar:

—No se preocupe, Jordans; no está muerto. Sólo inconsciente. Pero le reanimaremos para proseguir el tratamiento si cambia usted de opinión. Porque supongo que estaba pensando hablar, ¿no es así?

—Sí. —Paul estaba pálido y de su garganta empezó a salir una

voz tan ronca y distorsionada que Nuria se sintió incapaz dé protestar por el inesperado proceder de su compañero—. Es inútil resistirse. ¿Qué desea saber, general?

Rigot se encogió de hombros.

—Usted hable y yo juzgaré si es suficiente lo que sabe. Y si dice la verdad, por supuesto. En caso contrario continuaremos.

Paul sentía la garganta seca. Sus deseos de morderse la lengua eran cada instante mayores, pero se escuchó diciendo él mismo:

—La nave partió precipitadamente, general. Tendrá que regresar. En caso contrario, si no se percatan de su error se hundirán en un gigantesco sol, y deberá olvidarse de ella.

Rigot entornó los ojos.

—¿Cómo lo sabe?

Paul sintió un intenso sudor frío. ¿Qué podía contestar ahora? Tendría que hablar de los katelianos, de Tau-Burol.

Y algo dentro de su ser se lo impedía.

—Sé que la nave no estaba dispuesta aún para la partida cuando su acorazado se presentó en este sistema. Conozco bastante los problemas de navegación para asegurarle que el comandante Looksun tuvo que activar los motores para no ser apresados. Seguramente en este momento sabrá que marchan directamente a la destrucción. Pero para salirse del hiperespacio sólo tiene la posibilidad de invertir el proceso y retornar al espacio normal a medio millón de kilómetros de este planeta.

—¿Y cuándo sucederá eso?

—De cinco horas a seis, aproximadamente.

—Puedo creerle, Jordans. Incluso perder ese tiempo. Pero si me miente le prometo que se arrepentirá. Esperaré esas horas.

Los hombres vestidos de verde soltaron a Steiner del sillón. Parecían decepcionados por no haber tenido la oportunidad de haber desarrollado su cometido en aquel lugar, rodeados de tanta tropa. Recogieron sus utensilios y entraron cabizbajos en la navecilla.

Rigot se apartó para hablar con el capitán, y Nuria susurró a Paul:

—No puedo creer lo que he visto y oído. Al menos que tengas un plan. ¡Pero le has dicho la verdad! ¿Qué te ha pasado?

Paul aún sudaba. Le costó un gran esfuerzo responder:

—Algo me ha obligado a hablar.

—¿Qué cosa o quién?

—No lo sé, pero una fuerza muy poderosa se ha introducido en mi mente, apoderándose de mi voluntad. ¿No te has dado cuenta que no he mencionado a Tau-Burol ni a esos misteriosos Originarios?

Nuria asintió.

—Pues bien —siguió Paul—. Yo quise mencionarlos, pero quien me estaba manipulando no lo consintió. Sólo parecía querer decirme que era preciso ganar tiempo.

—¿Tiempo? Apenas Rigot se dé cuenta que le has engañado nos desollará a todos. Y lo peor es que posiblemente nuestra nave regrese.

—Pero para que eso ocurra Tau-Burol debe convencer a los Originarios que debe ser alertada.

A empellones fueron introducidos en una de las naves exploradoras. Paul protestó cuando a Steiner lo arrojaron sin miramientos a un rincón de la segunda cabina. Fueron rodeados de soldados que los miraban con odio en sus miradas, aun recordando que varios de sus compañeros habían muerto antes de lograr reducirlos.

El general se detuvo ante ellos antes de pasar a la cabina del piloto.

—En menos de una hora estaremos en el acorazado. Allí esperaremos la aparición de la nave traidora. Si tal cosa no sucede…

Dejó en suspenso la continuación de la frase, pero su significado total podía fácilmente entenderse.

Rigot añadió a los soldados sentados alrededor de los prisioneros que éstos debían ser dejados en paz. Luego se acomodó en el sillón gemelo al que ocupaba el piloto.

Se encontraba feliz. Las cosas no estaban marchando tan mal como se le presentaban hacía pocas horas. Si Jordans no había mentido y la nave fugitiva se presentaba en un punto cercano al planeta se apoderaría de ella fácilmente. Una nave recién salida del hiperespacio estaba indefensa por unos minutos. Antes que sus ocupantes se dieran cuenta, pensando tal vez que el acorazado se había retirado chasqueado de Katelh y reemprendido el regreso a la

Tierra, se hallarían bien atados a la nave imperial con sólidos garfios de acero.

El capitán, con sólo el casco de su caraza quitado, se situó en otro sillón, a la espalda del general, diciendo:

—Todo está dispuesto, señor. En seguida descenderán las demás naves para recoger el resto de la tropa.

Rigot ordenó al piloto que iniciase el regreso al acorazado.

Cuando la pequeña nave levantó el vuelo, Rigot entornó los ojos. Sí, estaba confiado plenamente que todo podría arreglarse. Si llevaba con vida al profesor Evans a la Tierra el Imperio se salvaría. Aún no habría cundido la anarquía en el vasto dominio estelar de la Tierra cuando las comunicaciones se restablecieran y Komur pudiera de nuevo impartir sus órdenes hasta el último rincón de los mundos bajo su poder.

Rigot se agitó, empero, en el sillón. Sabía que podía ser una patraña todo lo que le había dicho Jordans, pero algo le impulsaba a creerle. Se sintió molesto. No era un hombre que confiaba en los presentimientos. ¿Por qué no lo había sentado bajo la sonda mental y haberse asegurado que era cierto todo cuanto le había confesado?

Alzó la mirada. El piloto era eficiente y estaba elevando rápidamente el aparato de la superficie del planeta. ¡Maldito mundo! Algún día regresaría allí con una poderosa flota y sabría con certeza qué misterio encerraba. ¿Por qué pensaba que no podía estar desierto?

Observó la vítrea cúpula, ahora mostrando ya las estrellas. Divisó un pequeño puntito brillante a la derecha. ¿El acorazado?

El piloto manejaba la nave, callado, sumido en las maniobras.

Rigot sintió deseos de decirle que había volado demasiado rápidamente, que apenas hacia unos minutos que habían despegado.

Pero permaneció en silencio.

El puntito brillante fue agrandándose y la silueta del acorazado fue definiéndose. Alrededor de la gran nave patrullaban algunos cazas.

El navío de exploración describió una curva. El acorazado quedó debajo de ellos y sobre el planeta que acababan de abandonar. Una esclusa se abrió para recibirles.

Rigot se volvió. El capitán tenía la mirada fija en dirección al

acorazado, absorto en su contemplación.

La navecilla se inclinó levemente y comenzó a introducirse a través de la abierta esclusa.

El general cerró los ojos. Pese a la pericia del piloto la maniobra no dejaba de encerrar cierto peligro.

Cuando los abrió supo que no estaban en el interior del acorazado, sino en un lugar totalmente desconocido.

En lugar de estar rodeados por el metal del muelle de atraque, rodaban sobre un terreno arenoso. La navecilla se deslizaba por un túnel rocoso. Delante de ellos se abría una gran caverna, potentemente iluminada.

Algunas personas, diminutas aún por la distancia, parecían estar aguardándoles.

Vestían túnicas amarillas y tenían las caras ocultas por los amplios pliegues de sus capuchas.

CAPÍTULO IX

Había gritado como un poseso, saltando de su sillón y había dirigido una mirada fugaz al piloto, hallándolo inclinado grotescamente sobre los mandos, ya inútiles una vez que la navecilla se había detenido totalmente.

El capitán también estaba inanimado y cayó al suelo cuando el general los zarandeó con violencia.

Pasó a la siguiente cabina y no se extrañó, ya, al encontrar a todos los soldados abatidos sobre sus sillas. Jadeó y se apoyó contra el quicio de la puerta, mirando estúpidamente a los tres prisioneros, conscientes y tan sorprendidos ante la visión de los inanimados soldados como un segundo antes él lo había estado al darse cuenta que no se encontraba dentro del acorazado, sino en una extraña gruta, de altísimo techo y rodeado de un grupo de silenciosos cofrades amarillos.

—¿Qué ha pasado? —Consiguió articular Rigot.

Paul se incorporó. Las esposas magnéticas cayeron al Suelo.

—¿Supone que yo debo saberlo?

Nuria también comprobó que el magnetismo de sus ataduras había desaparecido, encontrándose libre. Incluso Steiner parecía lúcido y el dolor de su herida desaparecido.

La compuerta de la nave se abrió y una figura vestida de amarillo les dijo:

—Síganme —les volvió la espalda indiferente, regresando con el otro grupo de encapuchados.

—Me temo que no es una invitación, general, sino una orden —le dijo Paul, pasando delante de Rigot. Con la ayuda de Nuria sacaron al tambaleante Steiner de la navecilla.

Paul, antes que mirar a los encapuchados, echó un vistazo a su entorno. La navecilla parecía insignificante en aquella colosal gruta. En dirección a la popa comenzaba un largo túnel, tenuemente

iluminado. Parecía que por allí habían alcanzado aquel extraño lugar. Cuando se dirigieron hacia el grupo, Steiner ya podía caminar con soltura. Escucharon al general saltar a tierra y caminar detrás de ellos.

Uno de los encapuchados se adelantó.

—¿Tau-Burol? —preguntó Paul está reunido con los mandos. Quiere que ustedes vayan a verle.

Rigot parecía haber recobrado parte de su compostura. Apartó a Paul y preguntó agriamente al que había hablado:

—¿Qué significa todo esto? En nombre del emperador Komur exijo que me digan…

El encapuchado le hizo callar con un ademán.

—Luego. Ahora deben seguirme todos.

—Pero mis hombres…

—No despertarán por ahora. Nuestros superiores sólo quieren entrevistarse con usted.

* * *

La estancia a la que fueron conducidos por el grupo de silenciosos nativos era también de grandes dimensiones. La mesa situada en el fondo, ocupada por una docena de encapuchados, resultaba insignificante. El hombre que hasta el momento era el único que les había hablado les dijo que avanzaran hasta la alargada mesa.

Hasta unos instantes después, Paul no se percató que los habían dejado solos ante aquella especie de tribunal.

Steiner ya se había recobrado por completo, y si no había torturado a sus amigos con docenas de preguntas fue porque el escenario era demasiado sobrecogedor, además de que no se atrevía a pronunciar palabra alguna, indudablemente sobrecogido.

El general Rigot dejó atrás a los tres fugitivos y se plantó a un metro de la mesa. Los encapuchados, mientras tanto, seguían quietos y silentes, con las manos apoyadas sobre el brillante tablero.

—En nombre de Komur, emperador y…

—Cállese —dijo uno de los encapuchados alzando una mano.

El general deglutió y retrocedió un paso.

Uno de los doce hombres katelianos que ocupaban la mesa, dijo:

—Yo soy Tau-Burol y presido a cinco compañeros, Originarios

como yo, que comparten mis ideas. Los otros seis, también Originarios, forman la oposición. Los doce somos el supremo mando de Katelh.

»Hemos deliberado acerca de ofrecer nuestra ayuda a la nave fugitiva.

—¿Qué han decidido? No quedaba mucho tiempo… —preguntó Paul, angustiado.

—Sus amigos han sido avisados. Desde hace un rato están regresando. Lo hicieron cuando verificaron la certeza de nuestras afirmaciones.

Paul se mordió los labios. ¿Cómo habían conseguido los katelianos contactar con una nave que avanzaba por el hiperespacio a una velocidad muy superior a la de la luz? Además de ésa tenía otras muchas preguntas que formular, pero, sorprendentemente, ningún deseo de hacerlas por el momento.

Un personaje sentado al otro extremo de la mesa, que parecía ser el portavoz del grupo contrario a la tesis de ayuda de Tau-Burol, dijo con voz seca:

—Pero esto es sólo una forma de ganar tiempo; teníamos que decidirnos, so pena de dejar que la nave se perdiera. De todas formas tenemos que concretar nuestra postura apenas aparezca en órbita sobre Katelh.

Tau-Burol dijo:

—No queremos que nuestro mundo sea escenario de violencias inútiles. Queremos entre ustedes una tregua, hasta que decidamos.

—¿Por eso nos han traído aquí?

—Sí. Intervinimos cuando el general Rigot les apresó. Obligamos al piloto a llegar a nuestro refugio.

Paul asintió.

—Y me obligaron a mí a hablar, pero sólo diciendo lo que ustedes querían.

—Ofreció mucha resistencia su mente, Jordans —Tau-Burol parecía hablar con tono burlón, aunque no pudiera verse su sonrisa bajo la capucha—. ¿Para qué dejar convertido en un vegetal a Steiner?

Rigot se envaró.

—¿Quieren decir que me dominaron también a mí, haciéndome ver que navegábamos hacia mi acorazado cuando en realidad

habían obligado a mi piloto a entrar en un largo pasaje subterráneo?

—Sí, así es. Y luego lo dormimos, como a todos sus belicosos soldados. Sólo usted nos interesa.

—Mi nave les ronda, señores —replicó Rigot—. Cuando comprendan que me han secuestrado les destruirá.

—No se haga ilusiones, general. Ustedes son juguetes en nuestras manos.

Steiner fulminó al general con una mirada.

—¿Por qué es tan tozudo? Si han sido capaces de traernos aquí sin que nos diéramos cuenta debemos creerles lo que digan.

Paul preguntó:

—Bien, ya nos tienen en sus manos, obligados a observar escrupulosamente una tregua impuesta, que por cierto nosotros acogemos satisfactoriamente. ¿Qué pasará ahora?

—Tenemos que remontarnos cuando hace años recibimos una expedición enviada por el grupo opositor al emperador. Ellos buscaban un planeta donde vivir libres y creyeron encontrarlo en el nuestro. Pero nos opusimos terminantemente a recibirlos, aunque no se tratasen de muchos miles.

»Ahora podemos decir que dominamos las mentes de los exploradores y les impusimos unos conocimientos. Ellos regresaron a la Tierra y creían firmemente que había descubierto otro planeta, adonde podrían emigrar sus compañeros una vez que inmovilizasen al Imperio.

»Ese planeta existe y es ideal para la vida humana, aunque los exploradores no llegaran a él. Simplemente fijamos en sus mentes la situación exacta y la firme creencia que habían estado en él.

»Incluso les prometimos que los fugitivos serían ayudados en su día cuando usaran Katelh como punto de avituallamiento. El grupo colaborador encabezado por mí se impuso entonces al mando.

»Pero pasaron los años y surgieron discrepancias. Algunos Originarios reconsideraron la situación y opinaron que no debíamos mezclarnos en los asuntos del Imperio. Pero era tarde. La distancia hacía imposible disuadir con la fuerza de la mente a los que ya conocían la posición del planeta al cual tenían que emigrar e incluso este mismo que les debía servir de apeadero.

»De todas formas yo sugerí que sería interesante saber, cuando

nos visitaran los fugitivos, si su plan había tenido éxito. Así pasó el tiempo, que ocupamos en discusiones, hasta que se presentó la nave. Nos cogió desprevenidos, lo confesamos, y al principio nos negamos a dejarles aterrizar, pero pude convencer a mis opositores a permitirles descender y recoger lo que necesitaban para comenzar a colonizar el mundo que, de alguna forma, les habíamos regalado. También influyó en nuestra actitud acogedora final la presencia del acorazado imperial.

»No queríamos presenciar su destrucción —Tau-Burol pareció mirar al general al añadir—: Ni tampoco tener que aniquilar la unidad de guerra del Imperio para impedir que destruyeran a la nave fugitiva o apoderarse de sus ocupantes.

Paul meneó la cabeza, confundido. Abrió las manos ante Tau-Burol, implorante.

—Pero ¿qué es lo que pretende usted? ¿Qué quieren los que forman el mando?

El portavoz de la oposición lanzó un gruñido.

—Eso me pregunto yo. Si no fuera porque tiempo es lo que nos sobra sería lamentable la cantidad que estamos perdiendo de él ahora. Señores, yo soy
Len-Jor
y les odio. Desearía destruirles. Su presencia me produce violentas reacciones que apenas puedo controlar.

Paul vaciló temeroso y recibió entre sus brazos a Nuria, que retrocedió buscando su protección ante la voz violenta de
Len-Jor
.

—No entiendo… Nosotros no queremos causarles daño alguno.

—Lo están haciendo. Me pregunto qué deberíamos hacer para que este consejo no discrepe como lo está haciendo ahora. Siempre estuvimos unidos. Yo sugiero a Tau-Burol que todos ustedes sean aniquilados, para así volver a la concordia que siempre reinó entre nosotros: pero se opone porque desea ayudaros.

Paul entornó los ojos. Preguntó al belicoso kateliano:

—¿Y por qué usted es tan reacio a socorrernos?

—Tau-Burol y sus acólitos tienen mala memoria. Sin embargo, yo y mis seguidores la tenemos sólida; no olvidamos. Los terrestres nos hicieron mucho daño y algún día deberán pagarlo…

Tau-Burol estalló enfadado:

—No fueron los enemigos del emperador, sino los ascendientes de Komur, que ahora los persigue…

—Una vez, hace siglos, cometimos una grave equivocación —rezongó
Len-Jor
—. Es posible que en esta ocasión podamos rectificar.

Las manos de Tau-Burol se crisparon.

—¿Quieres decir que te niegas a secundar mi proyecto? —No sólo no te ayudaré, sino que estoy dispuesto a prestar mi ayuda a él.

En medio de una risotada,
Len-Jor
señaló al general Rigot.

* * *

Tau-Burol y sus compañeros apenas pudieron comenzar a retirarse de la alargada mesa. Tal vez todos ellos pensaban salir de la amplia estancia, pero las puertas laterales se abrieron e irrumpió un pelotón de soldados del emperador, armas en ristre y corriendo para tomar posiciones.

Cuando cuatro Originarios amigos de Tau-Burol estaban a punto de escapar, varios soldados hincaron rodilla en tierra y dispararon sus armas. Los cuatro desdichados se volatizaron en medio de unas nubecillas rojas.

Paul comprendió que los soldados del general, que estaba tan asombrado como ellos ante la llegada de sus hombres, usaban las poderosas armas katelianas, que no dejaban apestosos cadáveres como hacia los láseres del Imperio.

Los soldados parecían obedecer telepáticamente a
Len-Jor
, pero éste se apostó delante de Tau-Burol y del Originario superviviente. Les dijo:

—Por el momento quiero que viváis. Ya decidiré más adelante lo que haré con vosotros.

—Fui un estúpido,
Len-Jor
. Debí comprender por qué insististe en atraer la nave con los soldados. ¿Por qué no me extrañó tu repentino interés por impedir

que los prisioneros del general fueran torturados por él?
Len-Jor
se encogió de hombros.

—No se puede triunfar siendo tan cándido como tú, Tau-Burol. A veces me pregunto si los siglos, en lugar de darte inteligencia, te la han estado restando.

Unos soldados se situaron delante del general y los tres fugitivos apuntándolos con sus poderosas armas. Rigot, reaccionando, ladró una orden, pero los soldados parecieron no escucharla.

—No se moleste, general —le susurró Paul—. Sus hombres están dominados mentalmente por
Len-Jor
. Los ha despertado y traído aquí desde el transportador para apoderarse de la situación por medio de un golpe de mano. ¿No lo comprende?
Len-Jor
se acercó. Seguían sin ver ni un centímetro cuadrado de sus facciones, que permanecían constantemente en una impenetrable oscuridad.

—Usted, general, será nuestro aliado. Aunque sus hombres me obedezcan a mí, quiero ayudarle. Me agradecerá mi intervención.

—Pensé que usted se oponía a toda clase de ayuda…

—En realidad sólo quería negársela a los enemigos del Imperio. Una vez nosotros, los katelianos, nos opusimos al Imperio y no ganamos nada. Por el contrario, una terrible soledad se cernió sobre nosotros. Ahora podemos recobrar los que una vez perdimos.

—Entonces, ¿nos ayudará a recuperar la nave fugitiva? Necesitamos, sobre todo, hacer prisionero al profesor Evans. Es el más importante. Los demás no nos importan demasiado.
Len-Jor
negó lentamente con su oculta cabeza y el general empezó a ponerse nervioso.

—Tal vez ustedes no lo sepan todo, e ignoren el peligro que se cierne sobre el Imperio…

—Nosotros lo sabemos todo. Sabemos que el Centro, el Núcleo y todo el entramado que fue la Institución, no existe, y con ello, la fortaleza del Imperio merma cada día, al fallar las comunicaciones instantáneas. Y lo perderá todo, sus vastas posesiones estelares, si

antes de unas semanas no consigue impartir instrucciones a sus flotas para que los levantamientos sean reprimidos.

—El profesor Evans es el único ser capaz de acelerar la terminación del nuevo Centro —dijo, nervioso, el general—. ¡Y usted lo quiere matar! ¿Cómo dice que quiere ayudarnos?

—Es sencillo. Quiero ayudarle, también a su emperador; pero mi ayuda no será eficaz si vive Evans. Con el profesor muerto no tendrán más remedio que recurrir a mí… y a mis cinco amigos.

—¿Es que nadie más en Katelh está dispuesto a seguirle?

—No. Sólo somos doce los Originarios; aunque ahora sólo quedamos ocho, pero no podemos contar con dos de ellos, que eliminaremos en su momento.

—Pero hay muchos más katelianos —dijo Rigot—. Vimos bastantes…

—No son Originarios, sino descendientes nuestros. Claro que todos los que vivimos en Katelh somos varones. Nunca hubo mujeres entre nosotros. Nuestra descendencia la logramos por partenogénesis. Así, nuestros hijos son cada vez más idiotas y menos utilizables. Pero sólo los usamos para los trabajos duros. Las mentes son las nuestras, y siempre tuve a mi lado las cinco más poderosas. Tau-Burol se tuvo que conformar con seguidores más ancianos y menos hábiles.

Paul alzó una mano, como pidiendo la oportunidad de hablar.

Len-Jor

le descubrió y asintió en silencio.

—El profesor Evans me refirió hace mucho tiempo una historia que yo creí sacada de un libro fantástico. Nunca insistí en que me dijera si era auténtica o no porque daba por descontado que no podía serlo.

»Quienes verdaderamente descubrieron la comunicación instantánea fue un grupo de sabios que no usaban máquinas, sino sus mentes para establecer contacto con las naves y planetas distantes. Podían enviar mensajes y recibirlos por cientos uno de ellos solo al mismo tiempo. La forma que lo consiguieron nadie lo sabe exactamente. Eran veinte hombres y llevaban su secreto muy celosamente guardado. Pusieron sus habilidades al servicio del emperador de aquel tiempo, pero éste comprendió que tenía depositado todo su poder en aquél grupo y no estaba tranquilo. Los

apresó y torturó hasta obligarlos a construir unas máquinas capaces de suplir las poderosas mentes.

»Pero para conseguir que hablaran tuvieron que morir algunos de los veinte en medio de horribles dolores. Todos los demás fueron mutilados, devorados por las radiaciones que estaban constantemente sometidos, única forma que les impedía desarrollar sus poderosas mentes mientras permanecían prisioneros del emperador.

»Sin embargo, los supervivientes lograron escapar, mutilados y estériles, convertidos en unas sombras vivientes, pero con sus mentes más potentes que nunca. Unos optaron por olvidar, no reclamar venganza nunca, mientras que otros guardaron los más depravados sentimientos en lo más profundo de su ser, siempre dispuestos a exigir reparaciones, aunque hubieran pasado siglos.

—Ellos no pueden ser tan viejos —susurró Nuria, no muy convencida de lo que decía.

—Los son, cariño —asintió Paul—. En realidad no era una leyenda, sino una realidad. El profesor Evans escuchó tal rumor de su antecesor en el puesto de Vigilante del Centro. Y nunca pensó que fuera una irrealidad, sino todo lo contrario. Claro que nunca pensó que volveríamos a encontramos con estos míticos seres.
Len-Jor
miró a Tau-Burol, diciendo burlonamente:

—No te rindes fácilmente, ¿eh? Tau-Burol es constante. Aún piensa en buscar la forma de dominarme. El terrestre Paul no conocía la leyenda. Tú, Tau-Burol, se la has implantado en su mente porque pretendes provocarme. ¿Para qué? Ya todo es inútil…

—Te equivocas,
Len-Jor
. Ya he logrado contactar con Evans. ¿Es que no te has dado cuenta que la nave terrestre acaba de salir del hiperespacio?

—No estaba atento a esa nimiedad —respondió agriamente
Len-Jor
—. Cuando quiera ordenar a los tripulantes del acorazado, haciéndome pasar por el general, que sea destruida.

—Pero no lo harás. ¿Por qué no muestras tu rostro a quien está reconsiderando la idea de ser tu aliado?

—¿Por qué no?

Unas delgadas manos echaron hacia atrás la capucha, quedando el rostro más horrible que nunca viera Paul al descubierto. Nuria sólo bajó la mirada, tal vez no cogida por sorpresa ante la dantesca visión de la faz de Len-Jor. Ni el recompuesto cuerpo del general Rigot podía ser ligeramente comparado con tan enorme mutilación como podía apreciarse en el kateliano.

—Eso es lo que nos hizo el emperador terrestre —dijo Tau-Burol—. Todos los Originarios somos iguales, incluso las torpes descendencias que extrajimos de nuestras células son miserables copias. Por desgracia son iguales a nosotros excepto en lo único que no dañó el emperador porque no le interesaba: nuestras mentes.

—En realidad despreciamos nuestras pobres reproducciones, pero nos fueron útiles para levantar las ciudades subterráneas que nos ocultaban de las escasas naves exploradoras que se atrevían a llegar hasta aquí. Todas las destruíamos, excepto la que envió el grupo de conspiradores.

A un gesto de Len-Jor, los soldados imperiales, mecánicamente, dispararon primero contra el Originario adicto a Tau-Burol que quedaba vivo, convirtiéndolo varios disparos en una nube rojiza.

—¿También vas a matarme a mí? —preguntó Tau-Burol descubriendo su rostro y con gesto desafiante a Len-Jor.

Ahora el asombro de los terrestres fue por otra causa.

El rostro de Tau-Burol era hermoso, aunque sus ojos indicaban los muchos años que habían presenciado.

CAPÍTULO X

El nerviosismo en el comandante Looksun era enorme.

A su lado, el grupo de ayudantes estaba tan consternado como él.

—¿Cómo es posible que Evans se haya escapado en una chalupa apenas transcurrió una hora que comenzamos a orbitar este condenado planeta?

—Los vigilantes del hangar dicen que parecía actuar en contra de su voluntad, señor —dijo un técnico en navegación sobriamente.

El comandante suspiró.

—¿Qué pasa con el acorazado? —preguntó sobrecogido, viendo reflejada en la pantalla la amenazante presencia de la unidad armada imperial.

—Nos sigue constantemente, pero permanece en silencio. No parece tener intención de disparar contra nosotros. Lo más extraño es que no intenta contactar con nosotros. Rigot está desconcertándonos.

—Todo esto es muy extraño. Looksun sentía un fuerte dolor de cabeza desde hacía varias horas, exactamente desde que recibieron la misteriosa llamada que les advertía de la necesidad de regresar si no querían incrustarse en una gigantesca estrella.

Al parecer el aviso había procedido de Katelh, según parecían teorizar los técnicos en comunicación, aunque no podían dar una explicación lógica a lo sucedido.

De todas formas ahora se encontraban igual que antes de emprender la huida. Estaban a tiro del acorazado. Podían destruirlos o abordarlos cuando quisieran. Era inútil pensar en una nueva huida. El enemigo detectaría el más leve indicio de comienzo de huida, otra vez, por el hiperespacio. Ahora no disponían de la masa planetaria como defensa, sino que el acorazado les tenía siempre en posición de tiro, siempre navegando a menos de diez mil

kilómetros, una distancia constante.

Y, para colmar la desesperada situación, Evans se había largado.

¿Por qué?

Looksun se derrumbó en un sillón, dispuesto a hacer lo único que le quedaba por realizar: esperar.

* * *

—Evans se dirige hacia aquí.

Paul, Nuria y Steiner se volvieron para mirar el hermoso rostro de Tau-Burol. Ahora que lo tenían tan cerca podían apreciar numerosas arrugas bajo los ojos, formando una oscura bolsa.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Paul.

Habían sido conducidos a una pequeña habitación, en donde permanecían desde hacía un largo rato, casi tres o cuatro horas.

Tau-Burol esbozó una triste sonrisa.

—Para desgracia de Len-Jor yo soy mucho más fuerte que él, y casi tanto como la suma de su mente y las de sus seguidores. Entre los seis Originarios sí pueden dominarme, pero no por mucho tiempo. Cuando se cansen de tenerme controlado, me matarán.

Paul no lo preguntó, pero intuía que después de que ejecutaran a Tau-Burol, ellos le seguirían. Len-Jor no necesitaba los prisioneros: incluso resultaba incongruente que aún los mantuvieran vivos.

—Demonios, ¿qué pretende ese loco? —Dijo Paul—. Aún no comprendo lo que pretende.

—Es difícil comprender el proceder de un hombre corroído por el odio acumulado durante cerca de dos siglos. Nosotros no sólo conseguimos un poder enorme de nuestras mentes, sino que pudimos prolongar nuestra vida, pero una vida vegetativa, sólo racional. Carecemos de emociones humanas; fue el pago que tuvimos que hacer a cambio de desarrollar la comunicación instantánea, que pensamos sería un gran descubrimiento para la mejor comprensión de la humanidad desperdigada en la galaxia. Pero nuestro hallazgo sólo sirvió para esclavizarla aún más. Por eso el emperador de entonces nos humilló, castró y convirtió a casi

todos nosotros en verdaderos monstruos…

—Pero usted no es ningún monstruo —apuntó Nuria.

—Fue una crueldad más de nuestro verdugo. Para irritar todavía más a los que fueron más castigados, a mí me dejaron indemne. Con el tiempo fue un motivo más para que mis sufridos compañeros me envidiasen.

—Entonces sus genes debieron ser más eficaces para el proceso de partenogénesis que los de sus compañeros…

—Por eso ellos nunca accedieron a la reproducción a partir de mí. Siempre sintieron recelos por mis pensamientos.

—Aún no nos ha dicho lo que quiere
Len-Jor
.

—Es cierto. —La mirada del kateliano vagó por la estancia de paredes de acero—.
Len-Jor
quiere hacerse imprescindible, que el emperador le acepte como único medio, una vez muerto Evans, para salvar su Imperio.

—Es absurdo —estalló Steiner—. ¿Así conseguirá vengarse? Me parece que logrará todo lo contrario.

—Al principio
Len-Jor
tiene que ganarse la confianza del emperador, de toda la numerosa corte. Ni con sus cinco compañeros podrá dominar tantas mentes. Necesita lealtad. Pero eso sólo durará el tiempo que él precise para dominar completamente la situación. Entonces prescindirá del engaño y tendrá poder suficiente para cumplir su venganza.

—¿Cómo?

Tau-Burol se encogió de hombros.

—Hasta tal punto no he conseguido penetrar en la mente de
Len-Jor
. ¿Qué importa saber la clase de destrucción que proyecta hacer caer sobre la humanidad que él considera culpable de sus desgracias más o menos reales?

Transcurrió unos minutos de tenso silencio, que Paul rompió.

—¿Qué hace ahora?

—¿
Len-Jor

?

—Sí, claro.

—Está en la bóveda de recepción, esperando la llegada de la navecilla que conduce personalmente Evans.

—Es asombroso que haya podido apoderarse de la mente de Evans a pesar de la distancia —dijo Steiner.

—Con la ayuda de sus acólitos no ha sido muy difícil para
Len-Jor
—replicó el kateliano—. Para sentirse libre, para no preocuparse de nosotros, mató a mi compañero y nos encerró aquí. Sé que cuando acabe con Evans, ejecución que quiere que presencie el general, ordenará a los soldados imperiales que tiene dominados que nos maten.

Paul observó la puerta. No estaba cerrada del todo. A través de la ranura podían ver a dos soldados apostados en el exterior que montaban guardia.

—¿Es que no puede dominarlos para que podamos salir? —le preguntó a Tau-Burol.

—Es imposible reemplazar el dominio que ejerce en ellos
Len-Jor
—replicó displicentemente Tau-Burol.

Steiner movió una mano dando a entender que de todas formas no iban a lograr nada positivo saliendo de aquel encierro, y añadiendo:

—¿Qué íbamos a conseguir, de todas formas?

—Mucho —respondió Tau-Burol—. Sería imposible llegar hasta cierto lugar, pero si pudiera alcanzarlo,
Len-Jor
y los demás Originarios iban a pasarlo mal.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, interesado, Paul.

—Olvídenlo, amigos.

—No, diga lo que sea. Si usted no concibe otra forma de dominar a nuestros carceleros que dominarlos con la mente, no olvide que nosotros disponemos de nuestros músculos y astucia para hacerlo. Pero nos gustaría saber que hay alguna esperanza antes de arriesgar nuestras vidas.

Al cabo de unos instantes, Tau-Burol dijo más animado:

—En ese caso, puedo asegurarles que si consigo llegar a una

estancia secreta, que Tau-Burol y sus acólitos desconocen, aún quedan esperanzas de remediar la situación.

Steiner y Paul no necesitaron más. Ambos se pusieron en pie y caminaron hacia la entreabierta puerta. Los soldados estaban de espaldas a ellos. Se indicaron en silencio unas instrucciones y los dos saltaron al mismo tiempo.

La lucha fue corta, pero contundente. Paul y Steiner utilizaron sendas llaves para desnucar a sus contrarios antes que pudieran reaccionar. Al parecer, el dominio que sobre los soldados ejercía el kateliano no les ayudaba a emanar la suficiente adrenalina. Los dos desdichados lucharon torpemente y fueron presas fáciles para la acción rápida de los amigos, que no les dieron la menor ocasión de usar sus armas.

Nuria y Tau-Burol se reunieron con ellos en el exterior. El kateliano estaba asombrado. Esperó que los dos agresivos jóvenes recogieran las armas de los soldados.

—He sido un torpe —dijo Tau-Burol—. Mi vejez me ha hecho olvidar que existen medios para salir adelante que no son, forzosamente, el poder mental. Seguidme.

Apenas habían caminado unos metros, se toparon con hombres encapuchados. Tau-Burol contuvo el gesto de sus amigos cuando éstos hicieron intención de disparar sus armas.

—No os preocupéis. Son simples obreros, productos de los Originarios. Son tan necios que nos ignorarán.

Efectivamente, no le hicieron el menor caso. Parecían abstraídos en sus rudimentarios quehaceres.

Estuvieron recorriendo pasadizos y corredores por casi quince minutos, entrando en una zona que parecía abandonada. Allí la suciedad era enorme, incluso daba una cierta sensación de ruinas un tanto deprimente.

Tau-Burol se detuvo ante una pared ennegrecida. Se concentró unos instantes y una entrada secreta se les abrió en forma de diafragma. El kateliano no les invitó a entrar, aunque desde el interior les hizo una señal para que le siguieran.

La capacidad para sorprenderse parecía haber disminuido sensiblemente en los terrestres, aunque lo que al otro lado de la puerta diafragmada encontraron.

Docenas, tal vez cientos, de seres semejantes a Tau-Burol se

movieron suavemente, con lento caminar. El kateliano tenía alzados sus brazos y aquellas increíbles copias se situaron a su alrededor.

—Nuestro amigo Tau-Burol posee una numerosa familia —masculló Steiner.

—Y secreta, al parecer —añadió Paul.

Tau-Burol termino de dar instrucciones telepáticas a sus sosias y se volvió hacia los tres amigos, diciendo no sin cierto tono de orgullo:

—Era preciso. Sólo mis cinco fieles seguidores estaban al tanto de mi descendencia. Como ven son copias perfectas, con mentes casi tan poderosas como la mía. Fui prudente al hacerlo en secreto. De otra forma
Len-Jor
y sus fieles lo habrían impedido.

—¿Por qué no los llamó mentalmente?

—Estas estancias, donde viven, son impenetrables a las emanaciones telepáticas, una medida altamente preventiva, para impedir que los otros Originarios descubrieran la existencia de estos seres.

Tau-Burol recogió los pliegues de su túnica y salió por la puerta. Los tres amigos se tuvieron que apartar cuando docenas de hombres iguales al Originario pasaron en tromba por su lado, sin dirigirles una mirada. Paul dudó que aquellos hombres dispusieran de suficiente inteligencia. Sudó fríamente al pensar que debían estar conectados estrechamente con la mente de su progenitor, al menos ahora, que había establecido contacto con ellos.

* * *

El camino de vuelta no estuvo exento de incidente. Las reproducciones de
Len-Jor
y sus seguidores parecían haber recibido instrucciones para impedir que aquel ejército avanzara. Pero las armas de las avanzadillas de Tau-Burol se encargaban de frustrar sus intenciones.

Los terrestres seguían la comitiva a prudente distancia. No disponían de armas para intervenir en los conatos de lucha y tampoco lo consideraban preciso porque los sosias de Tau-Burol, aunque también tenían bajas, eran irresistibles en su avance.

Cruzaron la gran sala donde se celebró la primera entrevista. Ahora la mesa parecía más tétrica con ausencia de seres.

Todo sucedía vertiginosamente. Al otro lado de la gran estancia, se encontraron con una gran oposición. Tau-Burol envió a varias docenas de sus hombres a luchar contra ella, mientras indicaba otro camino a los terrestres. El resto de las fuerzas les siguieron.

—Por aquí llegaremos igual y sorprenderemos a
Len-Jor
.

—¿Adónde vamos? —preguntó, jadeante, Paul.

—Un momento. Llegaremos en seguida —musitó el kateliano—. La navecilla que conduce el profesor Evans no tardará en alcanzar el hangar.

Al doblar un recodo de un estrecho pasillo, vieron al fondo como los soldados de Rigot se enfrentaban al grupo que había estado luchando a la salida de la gran sala.

—Bien —asintió Tau-Burol—.
Len-Jor
ya ha tenido que usar la tropa imperial. Las cosas no le van bien:

Se alejaron del ruido de la batalla. Minutos más tarde, que a los terrestres les parecieron horas, alcanzaban la gigantesca caverna que servía de especial campo de aterrizaje.

Pero Tau-Burol no les permitió entrar allí, obligándoles a permanecer escondidos en la desembocadura del túnel.

Paul tuvo tiempo de mirar hacia la caverna. Pudo ver cómo llegaba la navecilla procedente del espacio, posiblemente conducida por Evans. También; apreció que Rigot empujaba a los pocos soldados que aún le quedaban a la lucha. Los acólitos de Tau-Burol irrumpieron violentamente y estallaron decenas de disparos, numerosas nubes rojizas que indicaban cada una de ellas una muerte.

Todo se confundió en la mente de Paul cuando el definitivo huracán eclosionó en el hangar. Fue una lucha llevaba, con armas y mentes.

* * *

Despertó y estuvo un buen rato intentando centrar la imagen que sus doloridos ojos captaban.

Una mano delicada, que pronto reconoció que pertenecía a Doris, una enfermera, le tranquilizó. Al lado de la muchacha estaba el médico, que agitó una aguja hipodérmica ante su mirada. Apenas sintió el pinchazo.

Segundos después se durmió, pero esta vez lleno de serenidad.

Había tenido tiempo para percatarse que se encontraba de nuevo en la nave, en donde nunca confió volver.

En su nuevo despertar todo fue mejor. La enfermera, esta vez otra que no era Doris y que no conocía, le indicó que había estado descansando veinte horas seguidas, que hacía casi quince que navegaban por el hiperespacio y que todo marchaba estupendamente.

El médico llegó y le permitió levantarse.

—Looksun le está esperando, Jordans. ¿Recuerda el camino?

Por un momento dudó en perder unos instantes interrogando al médico, pero se dijo que el comandante le podía dar todas las explicaciones que él quisiera.

En la cabina del comandante encontró a Steiner y a Nuria. Abrazó a la chica, sintiendo un seco nudo en la garganta, ansiando el momento de poder estar a solas con ella después de tanto tiempo y tan profundas inquietudes.

Looksun les sonrió al otro lado de la mesa.

—¿Y Evans? —preguntó, sobrecogido al no verle—. Descansando. El médico le ha recetado un mayor descanso que a vosotros.

Paul se derrumbó en una silla. La mano de Nuria cogió la suya y la estrechó con fuerza.

—¿Sabremos lo que pasó? —preguntó.

—No del todo —replicó Looksun—. Ustedes regresaron en la nave que había usado Evans para marcharse. Bueno, en realidad no sé quién la condujo de nuevo hasta aquí. Pero estoy seguro que no fue ninguno de vosotros.

—Tau-Burol —susurró Paul.

—Seguramente fue él —asintió el comandante.

—¿Steiner se lo contó?

—Apenas acaba de llegar, después de despertar. También necesitó un prolongado descanso. Sé que posiblemente fue Tau-Burol quien les devolvió al hogar porque apenas llegó la navecilla,

recibí un mensaje de él, identificándose.

—¿Qué dijo? Siento una enorme curiosidad por saber lo que sucedió en la caverna. Aquello parecía el fin del planeta…

—Algo parecido debió suceder. Tau-Burol no fue muy explícito. Se limitó a pedirme que me alejara de Katelh inmediatamente si ya disponía de la ruta correcta para llegar al planeta que es nuestro destino desde que salimos de la Tierra. Al responderle que sí, que no lo hacíamos por temor de ser atacados por el acorazado terrestre, me replicó que no me preocupase de él, que no nos haría nada. Le creí y ordené la partida, aunque no estaba muy seguro.

»Pero todo ha salido bien. El acorazado permaneció silencioso. Profundamente silencioso, como si no hubiese vida en él.

—Pero ¿qué sucedió en el refugio, en las grutas?

—Por la forma de expresarse Tau-Burol me temo que estuviera muy malherido, casi moribundo. Me rogó que impidiese que el Imperio se volviera a apoderar de Evans, que por mucho tiempo la comunicación instantánea no cayese en poder del emperador.

—¿Eso es todo?

—Nada más.

—Rigot estaba allí…

—No lo mencionó. —Looksun se encogió de hombros—. Tal vez haya muerto. Y eso ha podido ser lo mejor para él. No me hubiera gustado estar en su pellejo después de haber fracasado en la misión que le encomendó Komur.

—¿Y ahora?

—Sólo esperar unas semanas. Una nueva tierra nos espera.

—Es un regalo de los katelianos, al menos de los Originarios que quisieron ayudarnos… —musitó Paul.

Esta vez el comandante arrugó el ceño, sin comprender.

—¿Qué dice? ¿Un regalo?

Paul negó con la cabeza.

—No me haga caso, señor. Pensaba en otra cosa.

No era preciso decir al comandante que los expedicionarios nunca llegaron al planeta al cual se dirigían, pensó. Cabía la posibilidad que no existiera en las coordenadas donde confiaban hallarlo, e incluso que no fuera habitable.

Pero estaba seguro que Tau-Burol no les mintió cuando les dijo que allí podrían vivir.

De todas formas no era el momento para hacer demasiadas revelaciones. Tiempo habría, en el nuevo mundo, de confiar al comandante toda la verdad. Ahora deberían relatar lo que habían experimentado.

Y Paul pensó que iba a ser un tanto doloroso contar la historia de una docena de hombres que tuvieron todo un mundo para ellos y un gran poder.

Un infinito poder.

FIN.



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).